

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIII.

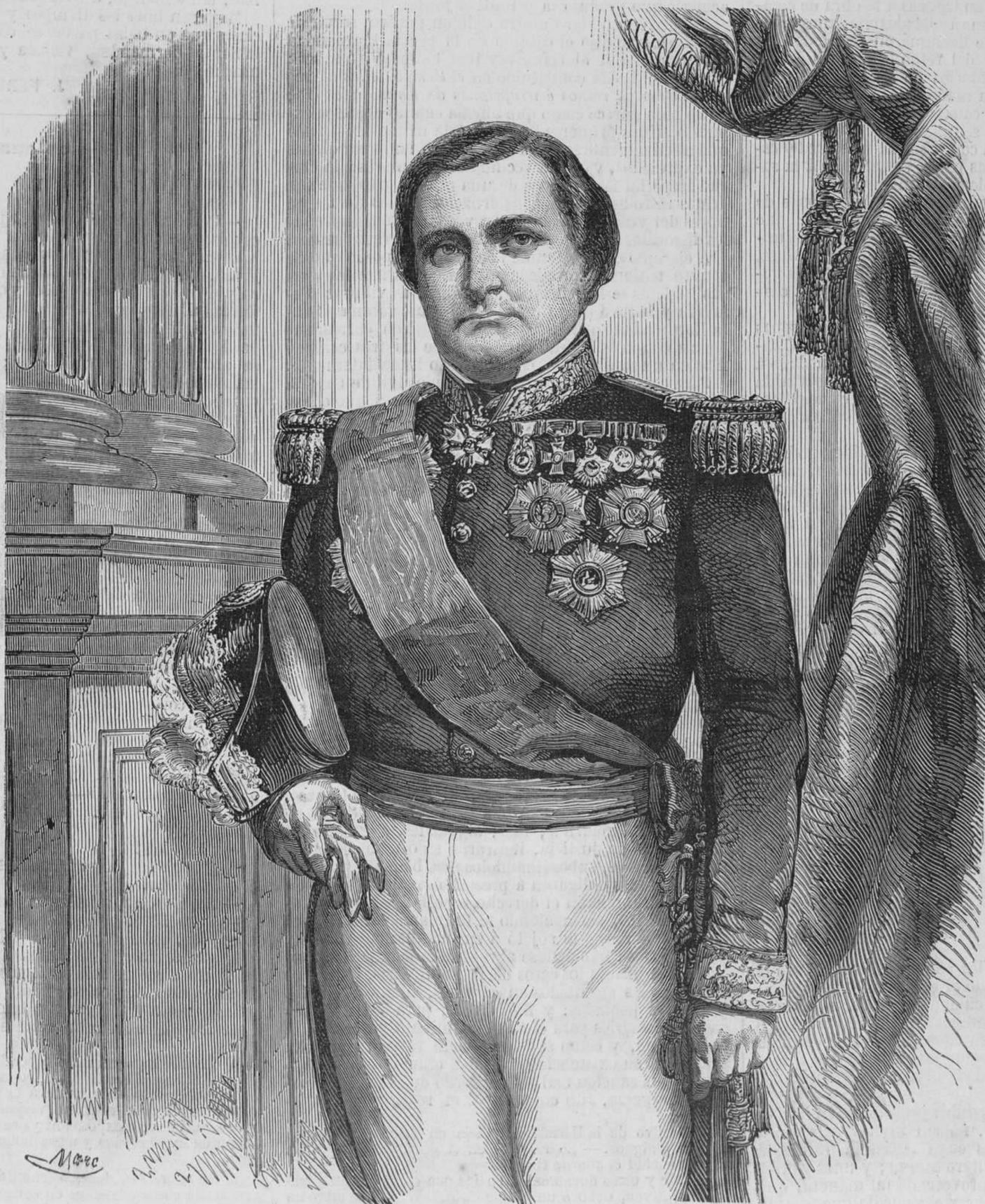
EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 18. — N° 321.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Su Alteza Imperial el príncipe Napoleón; grabado. — Resumen histórico de las Hermandades de Castilla. — Los dos cuadros. — El jardín de M. Alfonso Karr en Niza; grabados. — La construcción del gran puente del Rin; grabados. — Revista de Paris. — Gonzalo de Oyon. — Los mejicanos antes de la conquista; grabados. — La feria de las vanidades. — La casa del timbre ó fábrica del sello en Paris; grabados. — Leyendas americanas. — El museo de Venecia; grabado.



S. A. I. EL PRINCIPE NAPOLEON.

Asciende á la suma de 500,000 francos.

Una escuadra de honor mandada por el contra-almirante Jurien de la Gravière que llevaba su pabellon sobre el navio de vapor *l'Algesiras*, habia ido á esperar á Génova á los recién casados para trasportarlos á Marsella.

La division naval francesa llegó á Génova el 27. La bandera francesa en las aguas de Génova fué recibida por la poblacion con las señales de la mas viva simpatia.

SS. AA. II. pasaron á bordo del yacht *la Reine Hortense*, escoltado por dos fragatas de la marina piamentesa *la Sardinia* y *el Governolo*, y por los buques de la marina imperial *l'Algesiras*, *le Napoleon*, *l'Impetueuse* y *le Requin*.

Los miembros del consejo municipal de Turin y cuarenta consejeros municipales, tuvieron el honor de presentar á S. A. R. la princesa Clotilde un rico objeto de arte, de plata, admirablemente trabajado. El señor alcalde de la ciudad en nombre del consejo municipal, dirigió al príncipe Napoleón algunas palabras que rebotaban los sentimientos mas nobles y patrióticos. El príncipe respondió del modo mas afable; dijo que trataria de labrar la felicidad de la hija del rey, digna heredera de las virtudes de una familia ilustre y heroica, y suplicó al señor alcalde que fuera cerca de sus conciudadanos el intérprete de los votos bien sinceros que hace por la felicidad y el porvenir de la Cerdeña.

La municipalidad de Turin, á fin de celebrar las bodas, tomó

S. A. I. el príncipe Napoleón hizo su entrada en Paris el jueves 3 de febrero, con su real esposa la princesa Clotilde de Cerdeña, cuyo retrato hemos publicado en un número anterior. La semana próxima daremos los episodios principales de este acontecimiento, que debe tener un lugar preferente en la historia cuyos hechos memorables recogemos á medida que se producen. Hoy estamos en Turin y en Génova. El casamiento se celebró el domingo en la capilla del palacio, y SS. AA. II. salieron al punto para Génova, donde llegaron á las cinco y cuarto. Por todo el camino las poblaciones salieron á su encuentro con entusiasmo.

El proyecto de ley para el dote de la princesa Clotilde se votó por unanimidad en las dos Cámaras.

las disposiciones convenientes para una espléndida iluminación cuando tuvo lugar el matrimonio civil. La plaza Castillo, la via Nuova, la plaza de San Carlos, la porta Nuova y las casas Consistoriales, tenían hermosas iluminaciones. Los habitantes también iluminaron sus casas.

Igual recepción en Génova, donde se dió un baile en honor del príncipe y la princesa.

Seis señoritas hijas de los miembros del consejo municipal ofrecieron un hermoso ramillete á la princesa Clotilde.

La iluminación de la ciudad y del puerto era hermosísima.

El *Moniteur* publicó un despacho de Marsella del 2 de febrero concebido en estos términos:

«SS. AA. II., despues de haber recibido á las autoridades y despues de haber almorzado en la prefectura, salieron á las tres y media para París. Una muchedumbre inmensa se apiñaba en las calles que el príncipe debía seguir para llegar al camino de hierro, y le saludaba con sus aclamaciones.»

El *Moniteur* daba despues el programa de la entrada de SS. AA. II. en París. Esta relación acompañará á los dibujos correspondientes en el próximo número.

Resumen histórico

DE LAS HERMANDADES DE CASTILLA

DESDE SU ORIGEN HASTA SU EXTINCION.

I.

La manera de ser política y económica de las monarquías españolas, cuando el señorío feudal apenas consentía á la corona mayor poder que el de otro cualquier potentado; las discordias civiles en que se consumieron largo tiempo las comarcas de Castilla, cuando las huestes y mesnadas apenas daban treguas á la obra de combatir al enemigo comun como á soldados cristianos cumplía, y el gran caudal que derramaron por todas las ciudades, villas y lugares del reino las tropas del de Leon y los armados partidarios de Castros y Laras, cuando todavía era débil la mano de Alfonso IX para el cetro de Sancho III, fueron causas suficientes á arraigar hondamente en España la semilla de todo malestar, y para que este se derramara con pasmosa velocidad y escándalo inaudito en cuantas partes se hallaban á la sazón infestadas de tan perniciosas influencias.

En vano fueron los lamentos y las reclamaciones de los buenos contra abusos y escándalos tamaños; que impotente la corona para atajarlos, é interesada la nobleza en el comun desconcierto por particulares fines, ni el honrado patricio tenía voz de derecho ante las gavillas de gente criminal, ni poder la justicia para castigarlas y extinguirlas.

Escasamente servían entonces con carácter de tropas permanentes mas que las órdenes de Santiago y Calatrava creadas poco antes; pero su objeto, acomodado á extender las fronteras del cristianismo, no las permitía dedicarse á menos honrado ejercicio que el de pelear con los moros, si bien alguna vez tomaron activa parte en las civiles disensiones.

En semejante estado no hay duda que bien podrian los hombres de ancha conciencia dar libre rienda á sus vicios, como en efecto lo hicieron, ya acometiendo en despoblado á peregrinos y transeúntes, ó bien entrando á viva fuerza en los pequeños lugares y á veces en las mas pobladas villas de sus respectivas comarcas.

Repitiéranse sin duda los edictos y cédulas reales contra tamaños crímenes, si otros mas grandes no embargaran los ánimos de los tutores del rey, olvidándose de los males que agobiaban á los pueblos. Porque antes que la cosa pública, en cuanto al sosten de la propiedad particular, estaban las usurpaciones políticas de unos, las venganzas de otros y la ambición de todos los que, bajo el manto de un rey niño, alimentaban siniestras miras y nutrian punibles desafueros. Así pues, á la propia seguridad hubo de encomendarse el remedio de los males que se padecían, y es natural que cada individuo procurase atajarlos por los medios que ocurriesen á su entendimiento, ó que por sus materiales recursos alcanzasen.

Lo cierto es que la historia ha conservado escasos recuerdos de lo que se proveyó en general para restablecer el orden, entonces tan atropellado en estos reinos, y únicamente á una parte bien escasa de ellos, aunque era de las mas principales como cabecera de la corte, debemos exactas noticias y no despreciables relaciones de lo que allí se obró, para conjurar en lo posible la catástrofe social que á todas las clases estaba amenazando.

Era á la sazón una de las mayores riquezas de la ciudad y términos de Toledo el beneficio de las colmenas que en sus montes se cuidaban; y como tanto se prestaron estos en todos tiempos á la impunidad de los delitos, ya se deja pensar cuántos allí se cometerían en época tan calamitosa, así como los peligros que correría la propiedad, encomendada á sus circunstancias naturales.

Para garantizarla en lo posible juntáronse en la ciudad todos los colmeneros, no sin invitar á la vez á aquellos otros propietarios cuya hacienda estuviese también amenazada del peligro comun; y unos y otros tuvieron por conveniente proveer de tal manera, que no pudiese menos de ser eficaz el remedio que á tanto daño se aplicara.

Acordaron ante todo, segun los consejos del derecho

natural, repeler la fuerza con la fuerza, asociándose en tropas honradas que asegurasen la vida y resguardasen la propiedad dentro y fuera de poblado, contra los *gol-fines* y malhechores que en todas partes marcaban sus huellas con robos, muertes y otros escándalos de trascendencia; y todos los miembros de aquellas tropas, unidos por los lazos de la comun seguridad como los mas poderosos, se bautizaron para mas garantía de defensa recíproca con el modesto elocuente titulo de hermanos.

Bien quisiéramos consignar en este punto la verdadera fecha en que se verificó la primera junta de la VIEJA HERMANDAD DE TOLEDO; pero el tiempo y el descuido han consumido los primitivos pergaminos de sus actas, y únicamente á las confirmaciones reales de sus fueros y privilegios habremos de atenernos para deducir de ellas su antigüedad, y fijar aproximadamente la época de su origen, la cual no pudo ser otra que la ya indicada, si á los acontecimientos probables y á la lógica hemos de atenernos.

Fuera de lo que consta en la crónica de Don Alfonso IX relativo á la existencia de la mencionada hermandad en tan apartados tiempos, haremos mérito en primer lugar del documento oficial mas antiguo, entre los que su archivo conservaba, el cual es una cédula expedida por el santo rey Don Fernando III, Doña Beatriz, su mujer, el infante Don Alonso su hijo, y Doña Berenguela, su madre, fecha en Toledo á 3 de marzo, era de 1238, que corresponde á los años 1220 de Jesucristo. En ella confirmaban los privilegios que gozaban los caballeros de dicha Santa Hermandad, por concesion del rey Don Alfonso IX, abuelo de san Fernando (1).

Arrancando pues de este principio, y no olvidando los malos tiempos que acababan de pasar, no hay duda que tendremos averiguada la data de la institucion á que nos referimos, dentro de una época entera y no limitada á dia fijo ni año determinado; no pudiendo hallar, como no hemos hallado la primera acta, cédula ó acuerdo que produjo la primitiva junta.

Ni para consolidar nuestra opinion pudiera servir de estorbo lo que dijo el cabildo de la propia Hermandad en un memorial al señor rey Don Felipe V, á saber: que ella se habia constituido en el tiempo de las alteraciones de estos reinos é irrupciones de los moriscos (2); antes bien parece como que afirma cuanto dejamos expuesto en las primeras líneas de esta memoria; puesto que efectivamente se verificaron alteraciones por causas ya expresadas, y que la vecindad de los moros á la ciudad imperial facilitó mas de una ocasion para que sus armas introdujeran la consternacion en las tierras ya libres del yugo sarraceno, aprovechándose de las civiles discordias en que los cristianos agotaban sus fuerzas.

A ejemplo de lo ejecutado en Toledo, y por lo que de comun tenían las propiedades que en los montes y en sus linderos se beneficiaban, también las villas de Talavera y la Real (hoy Ciudad Real) se asociaron en Santa Hermandad, poniéndose desde luego en correspondencia con la de Toledo para juntarse las tres compañías en un solo cuerpo, como se hizo inmediatamente.

Para conocer con exactitud el estado civil de Castilla en aquellos tiempos, nada presta mas luces que el establecimiento de la Santa Hermandad, por las omnímodas facultades que sus miembros se abrogaron, desentendiéndose de las leyes que regían y del orden social que en las mismas estaba escrito.

En efecto, para que ninguna consideracion pudiese estorbar la garantía de la propiedad, primero y casi exclusivo objeto de aquella asociacion, comenzaron los hermanos por emanciparse completamente de la justicia ordinaria, erigiéndose en tribunal absoluto, con el derecho tan conocido entonces de vidas y haciendas. Y como si semejante arbitrario proceder fuera el único remedio contra los males que destruían el cuerpo enfermo de la sociedad, por propios y extraños combatida, los reyes descendieron de su alto puesto para confirmar unos acuerdos que, si amenguaban el poder judicial y del municipio, no atacaban menos el derecho de los señores y la autoridad de la corona.

Diéronse los hermanos á perseguir ladrones y gentes de mal vivir, armados tan completamente como á su ministerio convenia: nombraron de entre sí alcaldes, uno para cada ciudad ó villa de las asociadas: cuadrillero mayor, que era como jefe principal de las fuerzas, y cuadrilleros ordinarios, es decir, jefes subalternos de cada tropa ó cuadrilla; mas, alguaciles, escribanos y otros oficios de justicia. Retiraron su obediencia á los ayuntamientos, subordinándolos mas bien á su milicia, puesto que los obligaron á prestarla favor y ayuda en todo caso: torcieron el derecho peculiar de los tribunales ordinarios, sustanciando la Hermandad las causas de infinitos reos que sujetó á su jurisdiccion, es decir, de casi todos; habiéndose abrogado la facultad de juzgar por sí misma los casos de robos, fuerzas, incendios y homicidios ejecutados en caminos, montes, caseríos y lugares poblados; y finalmente, para asistir á los gastos necesarios para el entretenimiento y oficio de la Hermandad, y como si esta quisiera retribuirse de los gastos que su existencia reportaba, obtuvo para sus individuos la sancion real á su acuerdo de no ir á la hueste en la guerra, aun cuando por el rey fuesen llama-

(1) Archivo de la Hermandad Vieja en Toledo: legajo de papeles antiguos. — Lo registré en el gobierno político de aquella ciudad el año de 1849.

(2) Este y otros documentos de los que en el presente trabajo me sirven, debo á un vecino de Toledo cuyo nombre no recuerdo, que fué cuadrillero de la Santa Hermandad, hasta la extincion absoluta de la misma, que se verificó en nuestros tiempos.

dos: libráronse de infinitos pechos, tributos y cargas de concejo; y hasta llegaron á imponer la cuota de una asadura por cada hato ó piara de ganado que en sus términos existiese ó por ellos transitase, entendiéndose esto así cada vez que alguna tropa de la Hermandad pasara cerca de aquellos en el desempeño de su servicio (1).

El objeto de la institucion no hay duda que fué noble en su origen, y útiles también los resultados en sus primitivas épocas; pero á la sombra de aquellas prerogativas comenzaron á despuntar los abusos, y lo que antes hubiera podido considerarse como celo, desinterés y patriotismo, adquirió despues cierto carácter de ambición, al parecer justificada, pero que maleó la Hermandad desvirtuando su propósito.

Su tribunal especial llegó á torcerse como todos los tribunales que no se ciñen estrictamente al mas severo rigor de la justicia; pues dando á sus intereses mayor culto que el que era legal, no se contentó con perseguir los delitos para castigarlos, sino que se hizo árbitro de secuestrar á su antojo los bienes de los criminales; adquiriendo así fondos y rentas bastantes para satisfacer con holgura los gastos de sus servicios y correrías hechos con el objeto de conservar sus propiedades.

Sus procedimientos en materias de justicia eran tan rápidos é irregulares como no se han visto jamás en los tribunales ordinarios; tanto que por acuerdo de una junta general celebrada en las Navas de Estena, se resolvió: «que siempre que algun cuadrillero prendiera malhechor que mereciese muerte, la ejecutase por sí» y sin auencia del alcalde, en el caso de que este no pudiera ó no quisiera ir á sustanciar la causa» (2). Con lo cual ya se deja considerar las extorsiones y desafueros que se cometerían, funcionando de una manera tan irregular la justicia y el derecho; cuántos inocentes purgarian ajenos delitos, cuántas familias quedarían arruinadas para satisfacer sus dietas arbitrarias á los que en pro de la causa comun se daban, sin embargo, á liviandades y atropellos.

Mas eran tales los tiempos y tantos los crímenes sociales que en todas partes se cometían, que de cierto la Santa Hermandad, viciada y todo, era un bien de mucho precio.

J. FERRER DE COUTO.

Los dos cuadros.

I.

— Pero, mi pobre Dorotea, ¿qué haceis? ¿Porqué recogéis esas flores, que no tienen ya ni perfume ni color?

Estas palabras iban dirigidas por una graciosísima jóven, casi niña todavía, á una doncella de edad madura y de un rostro bondadoso, y que indicaba discrecion. Encontrábase las dos en una encantadora estufa, que formaba la última habitacion de una lindísima casa de la avenida de Montaigne, flores de todos paises se abrian al rededor de ellas; los brezos, los cactus, las camelias, las mimosas, la variada familia de las crucíferas y las labiadas, pasando del púrpura oscuro al rosa mas pálido, ocupaban esas gradas de espléndidos colores y embriagadores perfumes; el heliotropo salvaje, la pasionaria, trepaban por las paredes; rústicas lámparas, colgadas del techo, de vidrio, estaban cubiertas de ramos y flores; una concha que parecia excavada en la roca, contenía plantas acuáticas, y encantaban el oído con el suave murmullo las perlas líquidas, que se elevaban y volvían á caer sin interrupcion; en el fondo de la estufa una elegante pajarrera encerraba bellísimos pájaros de las Indias, que recordaban su patria en aquel aire tibio y perfumado y entre tan brillantes flores.

Eugenia iba de sus pájaros á sus flores, y gozaba con aquellas bellezas de otro clima que habia reunido en su derredor. Especialmente las plantas eran las que mas atraían su atencion y sus cuidados: habia cogido unas tijeras y cortaba con esmero las hojas amarillentas, las flores marchitas que afeaban los arbustos; mas ¿medida que caían al suelo, las recogía Dorotea cuidadosamente, y las metía en una cestita. Eugenia lo vió, y por eso la preguntó. La doncella dudó un instante, y al fin le respondió:

— Señorita, esas flores que arrojaís, causarán placer á alguno.

— ¿A quién?

— ¿No conoce la señorita á las personas que viven en el quinto piso.

— No, Dorotea, sabéis que jamás he subido á él.

— Pues bien, señorita, son muy buenas gentes; honradas, laboriosas, pero pobres: ¡oh! ¡pobres!... creo que son alemanes; el padre es grabador en metales; pero siempre está enfermo, no gana casi nada... Además no es conocido; nadie viene á buscarle á su quinto piso... Sus hijos son tambien artistas: su hijo Federico pinta retratos grandes, cuadros como los que

(1) Privilegios concedidos ó confirmados por los reyes desde el señor Don Fernando III en adelante. Constan algunos en cierta exposicion elevada á la majestad de Felipe V por el cabildo de la Hermandad Vieja de Toledo, Ciudad Real y Talavera, de cuya exposicion ya se hablará, y otros en la relacion de sus servicios y merecimientos que tambien he registrado.

(2) En el archivo del gobierno de Toledo hay algunas referencias de casos ocurridos en consonancia con el acuerdo anterior, el cual se halla original en un libro de actas que se custodia en la Biblioteca Real de Madrid, estante Dd, códice 49, en la sala de manuscritos.

están en el gabinete del señor : la hija, la señorita Ida, pinta flores.

— ¿Y vos la recogéis modelos? ; oh! mi pobre Dorotea, ¿porqué no lo decías?

— ¡Toma! señorita Eugenia, no me atreva... Es verdad, todas las mañanas recojo las flores marchitas de la estufa y de los tiestos, se las llevo á la señorita Ida: las estudia, las copia, las arregla en ramilletes, guirnaldas... ¡Ah, tiene mucho talento!...

— ¿Pero gana algo?

— No, todavía no; ella y su hermano no hacen mas que estudiar : dicen que todavía no saben bastante para atreverse á presentar sus obras á los compradores. ; Son tan modestos y laboriosos esos niños! Y amantes de su pobre padre...

Mientras Dorotea hablaba, Eugenia habia cogido la cesta y echada en ella una porcion de flores cogidas de todos los tiestos de la estufa. Era un grupo encantador, que hubiera excitado el genio de un pintor de gusto.

— Tomad, dijo la jóven; llevad la cesta á la señorita Ida; decidla que mañana la enviaré albums, modelos, y una coleccion de bonitas rosas pintadas. Somos hermanas; porque ya sabéis, Dorotea, que mi tio quiere que aprenda yo á pintar flores. Haré partícipe á Ida de todas mis riquezas de arte, sin duda adelantará mas que yo.

— ¿Y no dirán nada la señora y vuestro señor tio?

— ¿Acaso dice algo mamá, cuando se trata de hacer un favor? ; Se opone mi tio á lo que hacemos mamá y yo?

Y diciendo estas palabras se encogió de hombros con suma coquetería, y Dorotea, cogiendo la cesta, se fué muy alegre.

Estas dulces relaciones, entabladas por una delicada compasion y una discreta simpatía, continuaron, y Eugenia añadió al mérito de sus atenciones para con los pobres artistas el mérito mas raro de la perseverancia. Las flores mas bellas, las frutas, los dibujos, las obras de arte, todo lo que la riqueza colocaba en sus manos, lo prodigaba á su vez á su protegida; mucho podia hacer, porque huérfana de padre, era la hija adoptiva, la heredera designada de uno de los mas opulentos propietarios de París : su tio, M. de Saint-Dizier, no tenia otras afecciones en la tierra que Eugenia y su madre; pero ambas, sencillas y generosas en medio de la fortuna, no usaban de su influencia en el ánimo del anciano mas que en favor de los desgraciados, y gracias á estos amables abogados, M. de Saint-Dizier, que no se ocupaba para nada de los pobres, era conocido, venerado por mas de una familia indigente, y él mismo ignoraba las bendiciones de que su nombre era objeto.

Eugenia hubiera querido prodigar mayores beneficios al grabador alemán y á sus hijos; pero sus deseos benéficos se estrellaron contra una invencible altivez. En vano combinó los mas ingeniosos medios; en vano usó de toda la diplomacia que podia ofrecer el genio fecundo de Dorotea; rehusáronla su oro, la fueron devueltos sus regalos; los pobres y orgullosos artistas no aceptaban mas que las flores del jardin y de la estufa, ó á título de préstamo, algunas obras del arte y algunos libros preciosos. Ida, en sus escasas visitas, la daba muestras de una tímida amistad; pero jamás Eugenia pudo obtener la confianza que la hubiese permitido ofrecerla libremente sus servicios.

Estos obstáculos no pudieron, sin embargo, enfriar su celo: además, en aquel momento acudia á los manantiales perennes del amor y la tierna caridad; se disponia á hacer su primera comunión. La víspera de aquel gran dia envió á sus vecinos un encantador canastillo lleno de frutas y flores; en medio de ramitos de rosas se encontraba una bonita imitacion de Cristo con estas palabras : « Eugenia de Saint-Dizier á su amiga Ida König; » y este libro, consejo de los seres dichosos, consuelo de los afligidos, no fué rehusado.

II.

Han pasado diez años. Eugenia y su madre no habitan ya en la avenida de Montaigne, ni en el suntuoso palacio donde han visto pasar tan hermosos años; la fortuna y sus promesas han huido; pero en el fondo de sus corazones la mutua ternura y la confianza en Dios han quedado como inmutables tesoros.

Habiéndose vuelto receloso é irritable, á consecuencia de una cruel enfermedad, M. de Saint-Dizier no habia podido perdonar á su hermana una ligera oposicion á su voluntad, y poco tiempo antes de su muerte la habia desheredado, legando sus inmensos bienes á parientes lejanos.

La señora de Saint-Dizier no se quejó; abandonó con una activa tranquilidad aquella vasta herencia que le estaba prometida, y se retiró á Passy con su hija; las quedaba una renta de ocho mil reales, y vivieron en una estrecha medianía, olvidadas del mundo, olvidándole tambien, y echando de menos de la opulencia únicamente la facultad que les proporcionaba de hacer el bien.

Eugenia quiso contribuir á ganar su subsistencia con su trabajo; dedicóse con ardor á sus estudios, y sus disposiciones, que habian sido el adorno de sus dias prósperos, llegaron á ser sus esperanzas y su porvenir. Se habia ocupado mucho de la pintura, volvió á emprender sus tareas, las prosiguió con perseverancia, y despues de dos años de constantes trabajos acabó un cuadro, que fué admitido en la exposicion.

Habia trabajado en él con un fervor entusiasta; mas en cuanto le acabó no sintió mas que ese amargo decaimiento del artista, que tiene el sentimiento de lo

verdadero y de lo bello, y que no puede realizar la idea creada por su imaginacion, que corre tras concepciones encantadoras, que no puede fijar en el lienzo; que experimenta en su alma emociones que no podrá expresar. El estímulo del jurado fué impotente para animar su espíritu y contrapesar la severidad del juicio que hacia de su talento; sin embargo, quiso volver á ver su cuadro en el gran dia de la exposicion, colocado entre los maestros, y fué con su madre al salon.

Buscó su obra, y la halló en un ángulo muy iluminado de la sala, toda llena de cuadros y brillante de colores. Detúvose delante de aquella creacion de su imaginacion y de su mano, y procuró juzgarla con imparcialidad. Aquel cuadro no representaba mas que flores; pero estas flores representaban una idea, y sobre todo un sentimiento.

Eugenia, consagrada desde su nacimiento á María, habia querido que su primer lienzo fuese dedicado á la bondadosa Madre de Dios: en las frondosas ramas de una encina veíase oculta una imágen de María; al pié del árbol se elevaba un altar de césped, sobre el que la piedad de los aldeanos habia depositado un monton de flores, zarzas, rosas de los bosques de oro de la pradera, claveles abiertos á orillas de los arroyos, madre-selvas y lirios de los valles, ramos de rosas, acacias, lilas, peonías y rosas de los jardines. Todas las hermosas flores de la primavera se confundian, se enlazaban sobre aquel altar en el mas gracioso desorden.

El cuadro se llama el *Mes de María*. Eugenia le miró primero con amor, porque pensaba en las dulces esperanzas que habia alimentado al hacer aquel trabajo; la proteccion de María, el amor de su madre, el recuerdo ya lejano de Ida, todas aquellas imágenes revivian para ella en aquel lienzo: pero despues de haberle mirado con simpatía, le miró como artista y le juzgó con severidad.

El dibujo le pareció débil, el colorido poco animado, no era aquella la naturaleza tal como la habia admirado en su gracia salvaje, no eran aquellas las flores, joyas sencillas y preciosas esparcidas sobre la tierra por la mano del Criador; era una naturaleza convencional, eran las flores de raso ó de papel, y no verdaderos pétalos, húmedos con el rocío del mes de mayo. Se volvió hácia su madre con tristeza, y la dijo:

— ¡No es esto, mamá! ; Oh! ; si pudiese pintar lo que tengo en la cabeza!

Su mirada se fijó al punto en otro cuadro, que representaba tambien flores, y se detuvo mirándole con admiracion. Era una cesta llena de rosas, pero de rosas que parecian frescas y perfumadas, unas blancas en medio de un oscuro follaje, otras con todos los matices del carmin, esparcidas en medio del musgo, y recordando todas las inmensas variedades de la mas bella de las flores.

— ¡Qué cuadro tan encantador! exclamó Eugenia: ; qué vida, qué frescura! ; Oh, mamá! mira esa rosa real y aquella *Malmaison*, y esta magnífica rosa de Alejandria: ; qué riqueza de tono y qué seguridad de pincel!

— Hija mia, dijo la señora de Saint-Dizier, ¿no te dice este cuadro otra cosa?

— ¿Qué quereis decir?

— Mirale con atencion; ¿no has visto nunca una cesta semejante á esta, llena de rosas de todas clases, y en medio de las flores un libro? Mira, ese libro es la *Imitacion de Cristo*... ¿No te acuerdas?...

— ¡La cesta que yo he dado á Ida! ; Oh, mamá, tienes razon; es la misma, y ese cuadro solo Ida ha podido pintarlo!

Vivamente conmovida, buscó en el catálogo, y encontró en el número 283 una cesta de rosas por la señorita Ida König, de Tréveris.

— ¡Ella es! ; Se acuerda de mí despues de tantos años! ; Ha obtenido un triunfo! ; Qué gran talento y qué noble corazon! ; Oh, mamá, soy feliz, muy feliz al ver esto!...

— ¿Quién sabe si volveremos á ver á Ida dijo la señora de Saint-Dizier á media voz.

— Y aquí está el nombre de su hermano, dijo Eugenia, que habia ojeado el catálogo, mira : « El señor Federico König, cuatro cuadros; San Felipe Neri, orando en las catacumbas de Roma; la Educacion de la Santísima Virgen; Santa Adelaida escapándose de su prision, y Rodolfo de Habsbourg acompañando al Santo Viático.

Buscaron los cuadros y los hallaron fácilmente, porque la concurrencia los habia observado y se detenia delante de ellos. Eran obras maestras, llenas de tono y energía, y no se sabia qué admirar mas, si el éxtasis de la plegaria que expresaba el noble rostro del santo, orando en medio de las tumbas de los mártires, ó la piedad guerrera del pobre paje, conduciendo bajo el espeso enramado, á orillas del torrente, el caballo que llevaba al Señor de los señores. Aquellos cuadros parecia que inspiraban el recogimiento de que estaban impregnados, é instintivamente al mirarlos se hubiese hablado bajo como en una iglesia.

— ¡Es hermoso! dijo al fin Eugenia, ; y nuestros amigos son muy dichosos!

Al dia siguiente estaba sentada sobre su cabellete, cuando resonó un fuerte campanillazo. Dorotea, cuyo paso era pesado por los años, salió á abrir; oyóse una exclamacion, y en el mismo instante entró una señora jóven en el estudio, y corrió hácia Eugenia. Esta no tuvo necesidad mas que de mirar una vez.

— ¡Ida! exclamo.

— ¡Sois vos! ; al fin sois vos! ; os he buscado tanto tiempo! ; Mi amiga, mi bienhechora, os vuelvo á ver!

— ¡Oh, querida Ida, qué feliz soy!

Se contemplaron : Ida no era ya la jóven tímida y oscura que evitaba en otro tiempo hasta las caricias de Eugenia, y á quien el orgullo del pobre parecia dar un aspecto glacial; serena, feliz, expansiva, su hermoso rostro expresaba sentimientos mas puros y mas tiernos. Despues de infinitas caricias y palabras entrecortadas, dijo al fin á Eugenia :

— Vos misma ignorais todo lo que os debemos. ; Reconoceis este libro? Es la *Imitacion* que me disteis el dia de vuestra primera comunión. Pues bien, á este libro, regalo de vuestra mano, debemos nuestra conversion; porque nosotros éramos protestantes, y ahora somos católicos, somos hijos de la Iglesia... Escuchad: cuando nos conocisteis, éramos muy desgraciados... Extranjeros, pobres, sin recursos, desolados por la temprana muerte de nuestra madre y por la enfermedad de nuestro padre, no teniamos en el fondo del alma mas que amargura y desesperacion. Vuestras delicadas atenciones tranquilizaron algunas veces nuestros espíritus. ; Es tan agradable cuando se sufre ser adivinado y comprendido! ; Es tan agradable, cuando se está aislado en una gran ciudad, verdadero desierto para el indigente y el extranjero, encontrar una mirada bienhechora, ser objeto de una cordial atencion!... Vuestro libro, vuestra preciosa *Imitacion*, fué para nosotros tambien un gran consuelo.

Jamás habiamos leído nada semejante, le abrimos al acaso, en un momento de pena y angustia, y siempre encontráramos el pasaje que podia tranquilizarnos y fortificarnos. Mi padre le leía en sus largos insomnios; Federico le abria cuando estaba sombrío y desanimado; para mí este librito era mi refugio y mi íntimo amigo... ; Oh! el capítulo del *Camino real de la Cruz* debe haber hecho mucho bien á las almas afligidas, si he de juzgar por mi propia experiencia! Y despues de haber admirado, deciamos siempre : ; Este libro es obra de un católico!

Y leíamos el libro cuarto, y añadiamos : del amor á su Dios es de donde el autor ha sacado su ciencia de las necesidades del corazon... Y la bondad divina nos dirigia de ese modo por la mano hácia el conocimiento de la verdad.

Vuestras buenas obras, querida Eugenia, las de vuestra señora madre, contribuian á darnos una alta idea de la religion católica, y aunque no estuviésemos todavía en el seno de la Iglesia, ya gustáramos del perfume que semejante al de Magdalena, embalsama toda la casa, y que se exhala á la vez de todas las almas fieles y de los escritos piadosos de los genios inspirados. Nacian todos estos sentimientos en nuestro corazon, cuando un pariente de mi madre nos llamó á Tréveris. Entonces estábais vos en las aguas de Canteret con el señor de Saint-Dizier; no pude veros antes de vuestra partida, para expresar mis sentimientos, mis deseos y mis confusas esperanzas... Partimos. Al marchar de vuestra casa rogué á Dios por vos.

Nuestro regreso á Alemania fué feliz. Tréveris es la ciudad católica por excelencia, y no nos costó trabajo el hallar un excelente sacerdote que llevase á cabo con sus instrucciones la obra que la gracia habia comenzado.

Abjuramos los errores de Lutero en aquella santa iglesia, donde se conserva la túnica de Cristo; y bajo sus bóvedas antiguas, que han visto tantas lágrimas y resonado con tantas oraciones, tuvimos la dicha de beber en los vivos manantiales de los Sacramentos, y como vos, mi querida Eugenia, hice mi primera comunión. No sobrevivió mi padre largo tiempo á aquel hermoso dia; expiró dulcemente mientras yo le leía en la *Imitacion* el capítulo que tanto le gustaba : *Del deseo de la vida eterna*. Su muerte fué á la vez para nuestros corazones causa de amargura y alegría; ; no estaba ya con nosotros, pero estaba con Dios!

¿Qué mas os diré? Retirados en nuestra piadosa Alemania, hemos orado, hemos trabajado. Federico se ha hecho un buen pintor, y la celebridad, la fortuna, se le han presentado á él, que no las buscaba.

Yo tambien pinto flores, y como mi hermano exponia este año algunas cosas en París, he pintado yo, como recuerdo, el canastillo de flores que me disteis, y que contenia mi querida *Imitacion*. Esperaba ofreceros este cuadro, pero no os volví á ver en la avenida de Montaigne, y en los muchos años que han trascurrido, nadie ha podido darme las señas de vuestro paradero.

Vuestro *Mes de mayo* y el catálogo de la exposicion me han orientado... ; Bendito sea Dios! ; mi hermana, amiga mia, os he encontrado al fin!

Lloraban las dos. La señora de Saint-Dizier entró al mismo tiempo; las dos jóvenes, enlazados sus brazos, corrieron hácia ella y la hicieron feliz con su dicha.

Hoy Eugenia es la mujer de Federico; Ida, que no quiere casarse, no los ha abandonado; viven en Alemania con la señora de Saint-Dizier, y forman parte de esa pléyada de artistas cristianos que parecen resucitar en nuestros dias la fe, la pureza, la sencillez, el genio de ángel de Piésoli y de la escuela de la Umbría, y que glorifican al Señor con sus obras y sus virtudes.

P.

El jardin de M. Alfonso Karr en Niza.

El célebre escritor francés M. Alfonso Karr ha fundado un bonito establecimiento hortícola en las inmediaciones de Niza. Alfonso Karr se distinguió siempre por su aficion á las flores. En Sainte-Adresse, un lugarcillo de Francia, se hizo anteriormente un primer jardin que hubo de abandonar despues para refugiarse

en Niza, ese rincón espléndido de la hermosa Italia. ¡Qué diferencia de terreno! En Niza las flores brotan por todas partes; los naranjos, los limoneros, hasta las plantas más sensibles al frío, crecen y se multiplican por sí mismas en confusión, gracias al sol que las protege. Alfonso Karr observó inmediatamente que en esa tierra privilegiada se plantaba poco y se cultivaba muy mal, y viendo lo mucho que se podía hacer, se resolvió a fijar allí su residencia para entregarse al cultivo de las flores y a su comercio. Niza y sus habitantes han ganado en ello.

Un vecino de Niza decía una vez a un compatriota de Alfonso Karr: — ¿Sabe Vd. qué servicio está haciendo el nuevo jardinero a la población de Niza? — Sí, hace que se hable de Niza en el universo. — Mas aún: nos ha hecho descubrir los tesoros de nuestra tierra, y gracias a su establecimiento hortícola de



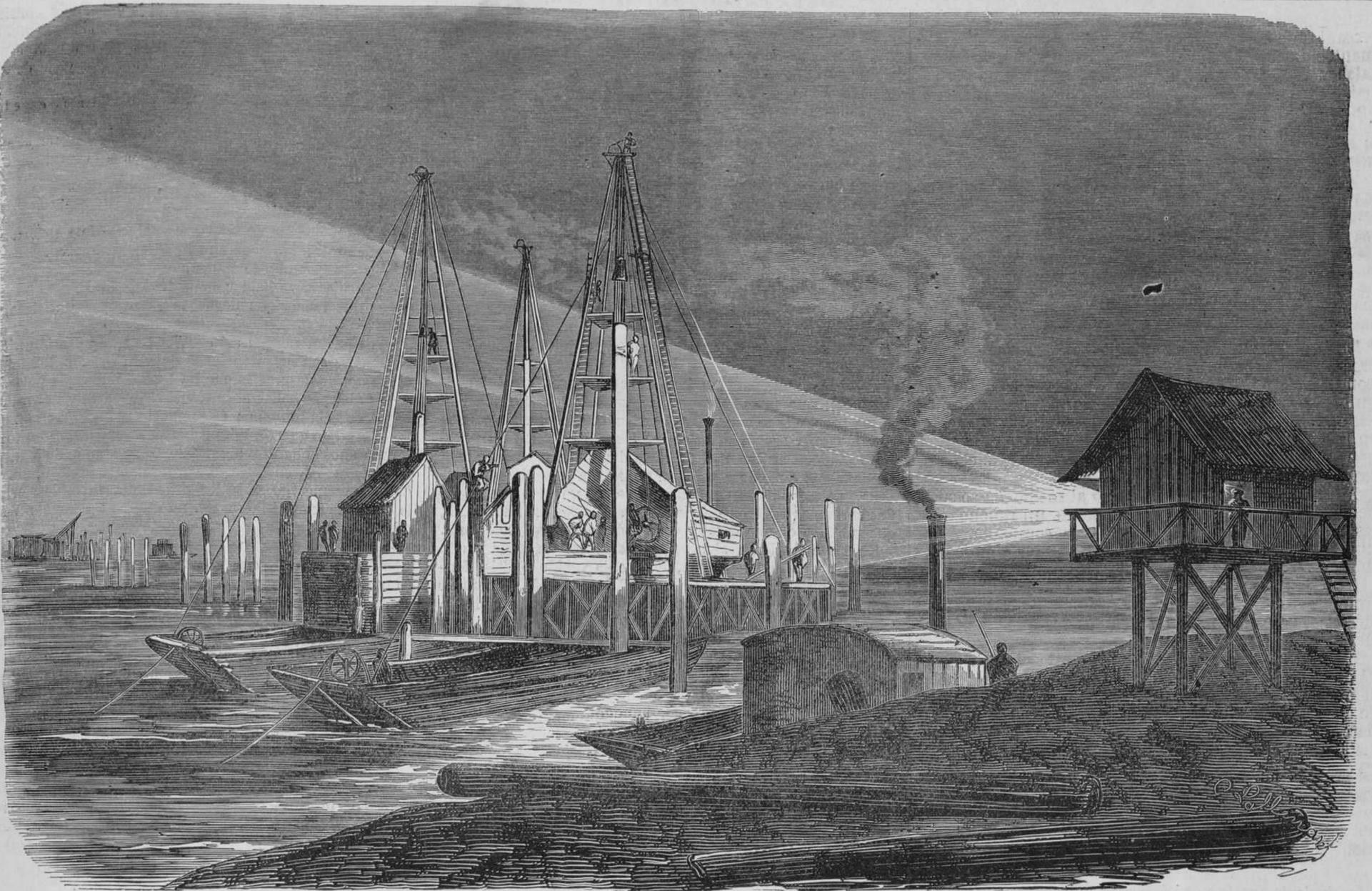
ESTABLECIMIENTO HORTICOLA DE ALFONSO KARR EN NIZA.

San Estéban, ahora sabemos el partido que se puede sacar de este rincón del mundo que habitamos. Además, en Niza como en otras partes, hay un ser improductivo que se coloca entre el jardinero y el consumidor, y cuya profesión consiste en comprar muy barato al uno para vender muy caro al otro, de suerte que si los dos que salen aquí perjudicados se dieran la mano, se quedarían suprimidas sus funciones. Y así ha sucedido; M. Alfonso Karr vende por su cuenta los productos de su jardín, y da un excelente ejemplo de economía doméstica. — ¿Y se aprovechan Vds. de ese ejemplo? — En cuanto lo permite la competencia que hace su venta a la del vecino. — Lo entiendo; ¿las flores y las fresas de Alfonso Karr se venden con preferencia a las otras porque son de Alfonso Karr? — Hay algo de eso; pero a mayor abundamiento, los productos del nuevo establecimiento hortícola son los



DEPÓSITO DE FLORES DE ALFONSO KARR EN EL JARDIN PUBLICO DE NIZA.

José L. Sanz



OBRAS DEL PUENTE DE KEHL. — EL TRABAJO NOCTURNO CON LA LUZ ELECTRICA.

mejores del pais, y media la circunstancia de que su dueño no los vende mas caros que los jardineros de profesion. En eso está el secreto.

P. B.

LA CONSTRUCCION DEL GRAN PUENTE DEL RHIN.

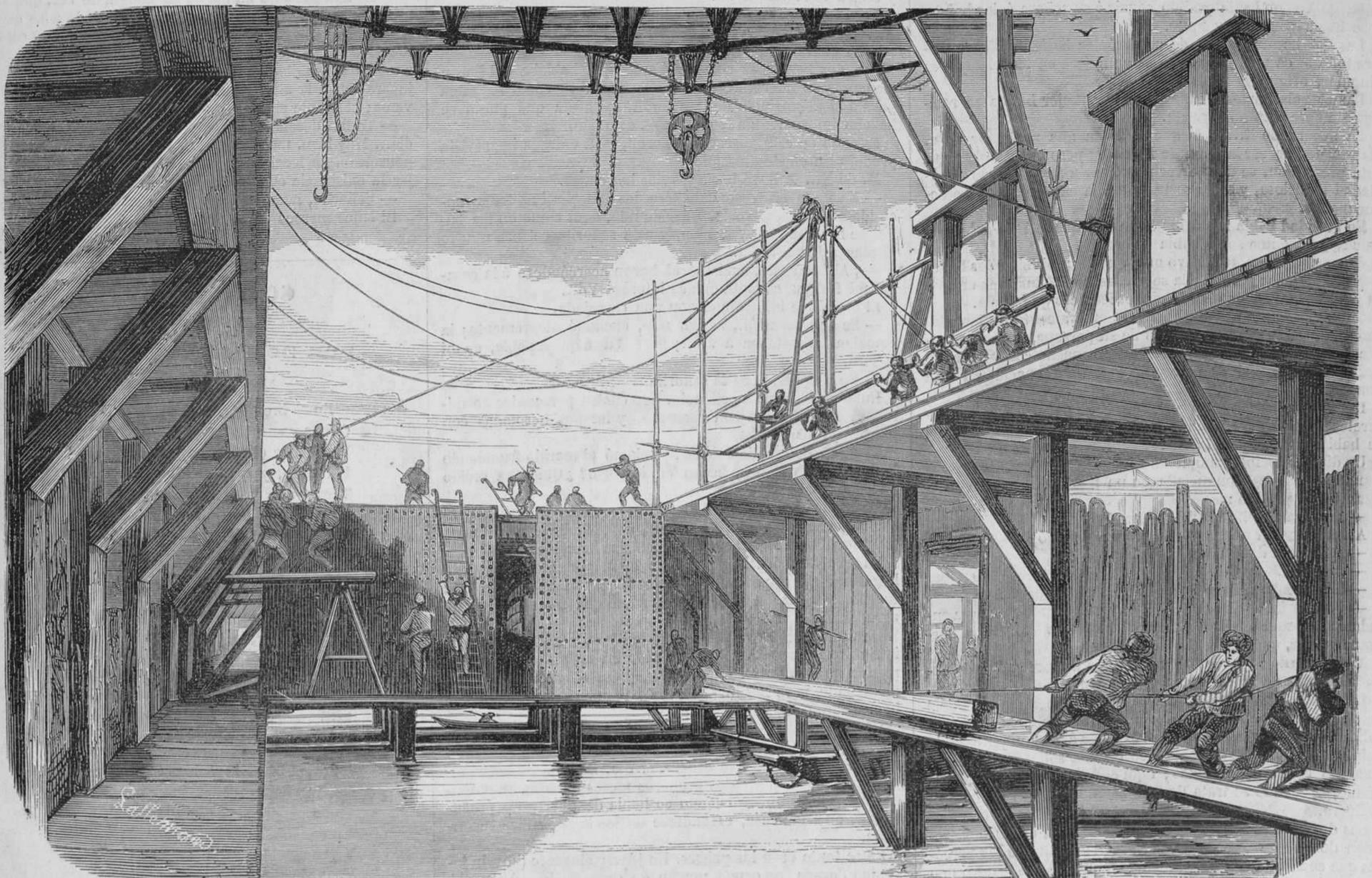
Hemos tratado en un primer artículo del conjunto

de las obras que se ejecutan actualmente cerca de Estrasburgo para la construccion del gran puente del Rhin. La importancia de este trabajo, y sobre todo la novedad y atrevimiento del sistema empleado para sentar los cimientos, tiene demasiados atractivos para que dejemos de seguir paso á paso las diferentes fases de esa gran operacion.

Damos como complemento un dibujo que presenta una vista interior de los andamios que rodean el primer mácho por el lado de la Francia.

Uno de los compartimientos de hierro está colocado ya sobre un tablado que deben quitar luego para bajar el aparato hasta la madre del río.

Los cajones son de hierro batido y se hacen en los



COLOCACION DEL PRIMER CAJON DEL PRIMER CACHO FIJO DEL PUENTE.

grandes talleres de construcción de Graffutades en las cercanías de Estrasburgo. Llevan esos cajones por fragmentos de 12 á 15,000 kilogramos, bajo las gruas instaladas sobre el tablado superior; se levantan y se bajan con cadenas al tablado movedido preparado de antemano.

Aquí se termina el trabajo; los herreros reúnen entre sí esos diferentes trozos que juntos pesan, como hemos dicho ya, mas de 200,000 kilogramos.

Al anoecer el aspecto del Rhin tiene una apariencia fantástica. En el momento en que resuena el toque de oración cesa el ruido confuso de los talleres, llegan los obreros nocturnos á su trabajo, y el Rhin se ilumina de repente con la luz eléctrica, que alumbrá una parte de las obras, dejando lo restante del río en la oscuridad mas profunda.

Luego por todas partes se destacan nuevas luces que se cruzan en todos sentidos; son los fanales de los bateleros, pues también la máquina de limpiar trabaja toda la noche. A veces un punto oscuro se ilumina y pone á descubierto algunos trabajadores; es una máquina de vapor cuyo fogon se abre y cuyas luces rojizas se reflejan en el agua; luego todo vuelve á entrar en la oscuridad, y no se oye mas que el ruido del vapor que se escapa y el de las masas de hierro que clavan las estacas.

A las doce de la noche así como al medio día se suspende el trabajo, y los obreros toman un rancho que les ha sido preparado por orden de la compañía. A la una se continúa el trabajo hasta las seis de la mañana, momento en que llega la otra tanda de trabajadores.

La vista nocturna que damos aquí está tomada en la frontera badense, detrás de la casilla donde está la luz eléctrica. Se distinguen alumbrados los andamios que sirven para trabajar las estacas.

Las estacas mayores empleadas hasta el día tienen 24 metros de largo y 0^m 70 de diámetro en la superficie; el andamio que sirve para levantarlas tiene 25 metros de altura sobre el agua, y se halla instalado en dos barcas grandes reunidas. — Próximamente daremos la vista completa del puente de servicio que debe poner en comunicación las dos orillas. L.

Revista de Paris.

La siguiente aventura, auténtica en todos sus detalles, va á servir de argumento para una comedia de enredo que no dejará de tener interés: no siempre son de pura invención los argumentos de las comedias.

En los baños del Havre se encontraban el verano último la señora de X... que aun no tiene veinte y cuatro años, y su hermana, mas jóven que ella, la señorita de N...

Estas dos parisienses bonitas y distinguidas se hallaban acompañadas de sus tíos que no tenían otro deseo que el de satisfacer todos sus antojos.

M. de X... no había podido seguir á su señora á los baños, y se había quedado en Paris.

Las dos hermanas son de un carácter bastante alegre, sobre todo la casada, jóven que se complace en todo lo que es singular, original y excéntrico.

Las singularidades ó rarezas de una mujer bonita se reciben siempre admirablemente.

La señora de X... es lo que se llama una mujer elegante. Habría podido ser la reina de Frascati; pero lejos de abrigar esta pretension, se dejaba ver poco, vivía separada de la sociedad bulliciosa, y sabía sustraerse á la curiosidad de los desocupados.

En realidad había ido á los baños porque así lo exigía su salud y el médico se lo había ordenado.

Es cierto que el facultativo no la había prohibido los bailes y las reuniones; pero si ella se presentaba alguna vez era para divertirse con las observaciones irónicas que hacía.

Sin embargo, no podía libertarse enteramente de los adoradores atraídos por las gracias de su persona, y aunque ponía buen cuidado en despacharlos con mucha cortesía, hubo uno que se empeñó en perseguirla con una tenacidad á toda prueba.

Era este un baroncito prusiano, jóven muy tímido por naturaleza y que hacía prodigios de valor, pues verdaderamente se había prendado de la dama.

Un día ella le interrumpió en medio de una frase muy sentimental, aunque pronunciada en un francés de acento poco agradable, y le dijo:

— ¿Porqué me llama Vd. señora?

Atónito con la pregunta el baron respondió:

— ¿Cómo la debo llamar á Vd.?

— Señorita.

— Tenía entendido que era Vd. la señora de X...

— Pues se ha equivocado Vd. y me rio, aunque debiera enfadarme, porque eso me envejece; me toma Vd. por la hermana mayor, que es la que está casada.

Y dicho esto se alejó con un airecillo muy resuelto, dejando al alemán en la confusión que le causaba su engaño.

La dama creía que esta estratagemá la libertaría de aquel galán importuno, pues con efecto la tésis cambiaba. El jóven soltero que atrevidamente hacía la corte á una mujer casada, debía andar mas cauto tratándose de una soltera; las consecuencias eran muy distintas; aquí el único fin era el matrimonio, y cuando se trata de este asunto nadie se aventura á la ligera.

Las dos hermanas se divertieron mucho con el lance y trataron de que no descubriera la verdad ninguna de las personas que conocían. Estas eran pocas; unas tres ó cuatro que fueron advertidas oportunamente y quisieron ser cómplices en la aventura.

Los tíos no supieron nada porque era inútil, pues llamaban á las jóvenes por sus nombres de pila y no por sus apellidos.

El baron no podía concebir ninguna sospecha. Lo mas curioso habría sido verle cambiar de adoración y dirigir sus homenajes á la que creía casada; pero no sucedió así, contra lo que todos se prometían.

Hemos dicho que su pasión era demasiado sincera para que pudiera operarse este cambio, y la prueba que acababan de imponerle, en vez de sofocarla, la suministró por el contrario un nuevo aliciente.

Pasado el primer momento de sorpresa, volvió á la señora de X... á quien llamaba respetuosamente señorita, y se mostró tan atento como antes, aunque con otro tono mas reservado y atrevido al mismo tiempo, pues podía confesar su amor y declarar abiertamente sus pretensiones á la mano de la que le habían dicho era soltera.

El baron preguntó á la parisiense si aceptaría por esposo á un extranjero.

La dama bajó la vista, se sonrojó y no quiso dar una contestación categórica.

Entonces la aventura tomó un carácter nuevo. Los obsequios del baron que antes incomodaban tanto á la señora, tenían ahora para ella un atractivo particular. Se divertía mucho viendo que la hacían la corte para casarse con ella, y demostraba al jóven sentimental un buen humor constante, que el pretendiente hubo de considerar como una señal de aprecio.

Esta primera parte de la comedia duró un mes; luego las dos hermanas salieron del Havre y se fueron con su padre, que habitaba en una casa de campo de las cercanías de Paris.

En breve olvidaron al baron, que creyeron se había vuelto á Berlin: pero se engañaban, pues había venido á Paris, donde había buscado y hallado á M. de X... el marido, con quien trabó amistad á fin de declararle, como lo hizo, que había conocido en el Havre á su cuñada la señorita de N..., que se había enamorado de ella y que la quería por esposa.

— Sus padres la dejan en libertad de elegir á su gusto, respondió M. de X...; vea Vd. cómo se las compone.

— Tengo motivos para creer que no la soy del todo indiferente, respondió el baron que, aunque tímido, esa un poco fatuo.

Son defectos que pueden caber juntos. Había tomado por señales de simpatía las sonrisas irónicas y las palabras de doble sentido de la dama; sin que por esto nos atrevamos á asegurar que no cometió ella también alguna imprudencia.

— ¿Con que Vd. la hizo la corte? preguntó el marido.

— Sí, señor.

— ¿Y qué tal?

— Me recibió perfectamente.

— ¿De veras?

— Se lo juro á Vd. Para no andar con rodeos, creo estar seguro de que me ama.

La firmeza con que el baron pronunció estas palabras, dió mucho en que pensar al marido, juzgó que se había comprometido su cuñada.

— Ya sabe Vd., repuso, que la señorita que Vd. pretende no tiene madre. Su padre está aun en su casa de campo, pero ella ha vuelto con mi señora; mañana tengo yo una reunión y estará ella: venga Vd.

Por la noche, antes de que llegaran los convidados, M. de X... dió broma á su cuñada sobre la conquista que había hecho en el Havre.

Las dos hermanas comprendieron que hablaba del baron alemán, y se interesaron mucho en descubrir cómo se había puesto él al corriente de la aventura, y hasta qué punto se hallaba informado de lo que había ocurrido.

Estando en esto apareció el baron, y su entrada imprevista produjo un efecto dramático.

M. de X... le llevó hácia las dos hermanas.

— Ya conocéis á este caballero, las dijo, y así no tengo necesidad de presentarosle. Querido mio, aquí como en los baños se le recibirá á Vd. bien, y esta señorita celebra mucho el placer de ver á Vd.

— ¡Ah! señorita, exclamó el baron acercándose á la casada, mi fortuna es tanta que se interesa Vd...

El marido le interrumpe con una carcajada.

— Se equivoca Vd., amigo mio, exclamó alegremente; la emoción le trastorna á Vd...; mire Vd. á quien habla, es mi señora.

— No por cierto; es la señorita...

Hubo un instante de silencio. Los cuatro personajes se miraban, los hombres con asombro, y las dos hermanas con mucho sobresalto.

— ¿Qué quiere decir esto? exclamó el marido frunciendo las cejas; ¿á quién ha hecho Vd. la corte? ¿Quién ha creído Vd. que le ama?

La explicación era escabrosa. Era preciso confesar al prusiano que se habían burlado de él, y persuadir al marido que todo aquello no era mas que una chanza inocente.

La señora salió del apuro como la fué posible; felizmente llegaron algunas personas que cambiaron la fisonomía de la escena, y cortaron una conversación que no tenía nada de agradable.

De todo esto ha resultado que la jóven casada deplora la intriga que tanto la había divertido en un principio, que el marido no está muy contento aun, y que el baron salió inmediatamente para Berlin. — Además resultará la comedia que hemos anunciado.

Hace tiempo que no decimos nada de las calamidades ni de las fortunas de Bolsa. Sin embargo, unas y otras, sobre todo las primeras, siguen á la orden del día. La baja ha hecho algunas víctimas en los dos primeros meses del año. El dinero es muy asustadizo, y cuando se habla de guerra no procura mas que una cosa, esconderse en los lugares mas recónditos.

Entre tanto caen los pobres. Un jóven elegante (hoy la juventud dorada se ocupa mucho en especulaciones) llegó á perder á fines del mes último todo cuanto poseía, y con la mayor serenidad, despues de echar sus cuentas, resolvió po-

ner un término á su vida. Para él la existencia consistía en tener coches, caballos, mucho boato y placeres á montones, en fin, todo lo que se encuentra en Paris con el dinero, y le era insoportable la perspectiva de tener que vivir de su trabajo miserablemente.

Solo se trataba pues de elegir el medio mas expedito de poner en ejecución la fatal idea.

Reflexionando en esto, nuestro jóven vió entrar al ama de llaves de su casa; una anciana que estaba al servicio de la familia hacia muchos años.

— ¿Qué me quieres, Francisca? la preguntó.

— Señorito, no me atrevo...

— Vaya, pues si no te atreves, sal y déjame en paz.

— Señorito, Vd. tiene alguna cosa, lo conozco.

— No es nada, no te apures.

— Si, sí, quiero hablar con Vd.

— ¿Qué tienes que decirme? ¿Porqué esa tristeza, Francisca?

— Señorito, porque así conviene en esta ocasión... Sospecho cuáles son sus intenciones de Vd., porque he sabido por el criado las desgracias que ha tenido Vd. en la Bolsa.

— ¡Ah! ¡Te hallas al corriente de mis negocios!... Pues no hay desgracia ninguna; estás chocheando, Francisca.

— En vano querría Vd. ocultarme sus penas, señorito; hace treinta años que estoy al servicio de su familia de Vd., y creo no pondrá Vd. en duda el cariño que le profeso. Su madre de Vd. me encargó en su lecho de muerte que le sirviera, y le cuidara como si fuera Vd. mi hijo: no disimule Vd. conmigo.

— ¿Con que crees que te oculto alguna cosa?

— Me oculta Vd. que ha perdido todo cuanto posee... hace mucho tiempo que sus negocios de Vd. iban de mal en peor, y en estos días lo que quedaba se lo ha llevado el diablo.

— Es verdad, Francisca, no lo puedo negar; la vida para mí es ya imposible, y...

— No concluya Vd., y permítame Vd. que le diga que todavía puede contar con algun recurso; sus parientes de Vd...

— Ninguno se acuerda de mí.

— ¿Y los amigos?

— No tengo ninguno.

— Quizá se engaña Vd.

— Conozco bien la vida, y te aseguro...

— Sin embargo, conozco una persona que en este mismo instante le ofrece á Vd. una cantidad considerable...

— ¿Qué dices?

— Sí, setenta mil francos.

— ¿Dónde están?

— Aquí están los valores que representan esa suma.

— ¿Quién es esa persona digna de la admiración de todo el universo?

— Ya sabrá Vd. su nombre.

— ¿Pero qué interés puede tener en prestarme este dinero?

— ¡Interés! No hable Vd. así: no lo hace por interés.

— Entonces, dime su nombre; no acepto un favor sin saber á quién le debo.

— Es una persona amiga de su familia de Vd., que vió con profundo sentimiento cómo se entregaba Vd. á las especulaciones mas peligrosas de la Bolsa, y que tuvo este capricho: fué al agente de cambio de quien Vd. se vale, y entregándole unos cuantos miles de francos, le encargó que cuantas veces jugara Vd. á la alza, jugase por esa persona á la baja y viceversa; el agente siguió las órdenes y he...

— Te has descubierto; has ganado parte de lo que yo perdía... Muy bien, me salvas la vida y acepto tu dinero sin avergonzarme. La lección me aprovechará: voy á trabajar, á dejar la existencia que hasta hoy he llevado.

— Señorito, nada mas que eso deseaba.

El lance merece publicarse.

MARIANO URRABIETA.

GONZALO DE OYON

POEMA

POR DON JULIO ARBOLEDA.

(Continuacion.)

En el breve paréntesis, aun la brisa
Quieta y suspensa entre las hojas calla;
Pero parte el relámpago, y estalla
El trueno, y zumba el huracan del Sur:
Tierra, aire y cielo abarca en su carrera;
El condor se horripila en su peñasco;
Busca el leon del monte el hondo casco;
Entra á su cueva el escamoso albur.

Brama rodando á la merced del viento,
De la noche en el negro y hondo seno,
Sobre el carro arrastrado por el trueno,
Lanzando rayos, la alta tempestad.
Restallan rotas con fragor las nubes
De su seno el granizo se desploma,
Y ni vampiro, ni reptil asoma
Del mundo á perturbar la soledad.

Forma la lluvia rápidos torrentes
Que hirviendo ruedan sus bramantes ondas,
Ya despeñados en cascadas hondas,
En crespos lagos detenidos ya;
Y venciendo el furor de sus raudales,
Y las rocas atlético escalando,
Entre la espesa oscuridad errando,
Herman de prisa por la cuesta va.

Por la luz del relámpago alumbrado,
Envuelto entre el furente torbellino,
Del peligroso y áspero camino
Los obstáculos vence por do quier.
Y sigue, y sigue impávido la senda
Que ya salvó Gonzalo en su carrera;
Cual si el dedo de Dios le condujera,
Sigue sin vacilar y sin temer.

Arriba el choque eléctrico del rayo
Rompe las rocas, y á la luz del lampo,
Cunden piedras y troncos por el campo
Retumbando del monte en el confin.
Y al estrépito horrendo, y al azote
De la lluvia, constante y borrascoso,
Alza como un espectro doloroso
La cabeza, el caído paladin.

Y apoyado en la izquierda estremecida,
Y la faz levantando macilenta,
Si escucha, oye el bramar de la tormenta;
Si mira, ve del rayo el resplandor.
Y aunque su estóico espíritu relucha
Contra las iras del revuelto mundo,
Vuélvese á hundir en vértigo profundo
Vencido por la fiebre y el dolor.

Puéblase entonces el aura de figuras,
Y el espacio de insólitos sonidos,
Y oyen extrañas voces los oídos,
Y extraña aparición sus ojos ven.
Tal vez de aquellas mágicas visiones
En la forma fantástica, inquieta,
Estén los raptos santos del profeta
Y del mártir los éxtasis estén.

Si las vagas visiones de la mente
Nos parecen ensueños y quimeras,
Esas sombras errantes, pasajeras,
Forman parte también de la creación;
Y al surgir, como larvas misteriosas
Ante la voluntad que las envía,
A Baltasar sentencian en la orgía,
Y apereiben soñando á Faraon.

Abre Gonzalo atónito los ojos,
Y se los frota con la diestra inerme,
Y se pregunta si delira ó duerme,
Y volviendo á mirar vuelve á dudar.
Dos mujeres de formas celestiales
Alzarse ante sus ojos fascinados,
Que en arroyos de luz casi abrasados,
No pueden su presencia soportar.

Viste la una de blanco; y una antorcha
Lleva en la izquierda, y con la blanca diestra
Al adalid incrédulo le muestra
El cielo, única patria en que ella creó.
Llevada sobre el cóncavo arco-iris,
Que á sus costados en creciente asciende,
En él la forma virginal suspende,
Sobre el liviano y empinado pié.

Sus entreabiertos y rosados labios
Orar parecen: por su sien tremola
De luz inquieta mística aureola
Que anima y baña su radiante faz.
Piensa Gonzalo que en su rostro encuentra
Los rasgos de Beatriz, su dulce hermana,
Virgen bendita en quien la forma humana
Fue de un ángel purísimo el disfraz.

Y una casta matrona va siguiendo
De aquella virgen la oscilante estela,
Que entre las sombras plácida riela,
Y disipa la noche con su luz:
Grave es su traje, su ademán humilde;
Mientras camina lágrimas derrama,
Y de oliva de paz lleva una rama,
Y la sirve de báculo la cruz.

Reman en torno al aura iluminada
Con sus alas de púrpura y de oro,
Tiernos infantes, y en acorde coro
Hacen vibrar las arpas de marfil;
Y como en ondas de apacible lago
Que agita apenas, sin rizar el viento,
Van; y al compás del blando movimiento
Al aire dan su cántiga infantil.

Tiende la mano el adalid caído
Y muévela diciendo: «En nada creo:
Esas formas fantásticas que veo
De mi delirio los abortos son.
¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? Si existe el ama,
La mía nada teme y nada espera.»
— Yo soy tu fe, contesta la primera;
Y la segunda: — Soy tu religion.

GONZALO.

¡Ea! pasad, imágenes vacías
Que mi débil espíritu burlais!
Nada sois vos sino ilusiones mías
Que á vuestro mismo autor atormentais.
Sois de la fiebre el engañoso invento,
Quiméricos delirios, nada más;
Abortos de algún vil remordimiento,
Que oculto mina mi valor quizás...
¡Ea! pasad, fantasmas hechiceras,
Ayer buscadas, desechadas hoy;
Disipad vuestras sombras embusteras,
Dejad que muera: sin honor estoy.
Años enteros, á los piés del Cristo,
Perdon y gracia fervido imploré;
Pero venir, cual hoy, nunca os he visto
A sostener mi vacilante fe.
Mientras pasaron esos largos años,
De esta selva en la oscura soledad
Me oculté, y oculté los desengaños
Con que me atribuló la humanidad.
Y todo ser viviente ha recibido
De mí entusiasmo, admiración, amor;
Y á mi mismo opresor he redimido
Por hacerme propicio á mi Criador.
Entonces ¡ay! necesité de ayuda,
De auxilio superior necesité;
Mas la deidad á mi oración fué muda
Mientras sus piés con lágrimas bañé.
¡Oh! ¿porqué allá, para aliviar mi duelo,
No os presentásteis, sombras, como aquí?
¿Porqué no me mandó su auxilio el cielo
Cuando yo por piedad se le pedí?
¡Ay! ¿Porqué para agravar mi yugo,
Para afligirme, atribularme más,
El Ser á quien más amo, es el verdugo
Que ha de decirme: «¡deshonrado estás!...»
¡Disipaos, fantasmas vengadoras,
Que venis á insultar la adversidad!
Si; pasad de tropel, como las horas
Que lanza el tiempo á la honda eternidad,
Antes pude creer, pero ya es tarde:
Sin riego ha estado el árbol de mi fe,
Y seco ya, del corazón cobarde
Yo con mi propia mano le arranqué.
La injusticia del hombre ha conseguido
Matar cuanto hubo generoso en mí:
He invocado á mi Dios; me ha desoido;
Quiero morir, pues todo lo perdí.

CORO.

Si mueres, en tu tumba maldecida
Tus enemigos grabarán *traidor*,
Y *réprobo*, en el alma del suicida
Escribirá la mano del Señor.

GONZALO.

¡Traidor! ¡Siempre traidor!... ¡Ah! yo sediento,
Gloria y honor busqué con frenesí;
Y conseguí la infamia y el tormento
En lugar de la gloria que pedí...
Si el suicidio es la puerta del infierno,
Tormento por tormento trocaré,
Y de un gran Dios, bajo el castigo eterno,
Al hombre vil siquiera escaparé.
Venga el infierno, y venga de otro modo:
No puedo el de la infamia soportar.
Ya de mí ser no queda más que lodo;
No tengo honor: no tengo que guardar.
Hasta Jesús en su virtud ileso,
¿Y de mí qué se dice? preguntó.
¿Cómo no ha de agobiar al hombre el peso
Que pudo casi estremecer á Dios?

CORO.

¡Virgen angélica
Del alba túnica,
Al hombre misero
Ve por piedad!
Benigna muéstrale
Su senda única
A la luz cética
De tu verdad.
¡Ven, ser magnánimo!
Disipa el vértigo,
Que agita trémulo
Su corazón;
Y vuelva su ánimo,
Del vicio émulo,
Sano y enérgico
A la oración!

GONZALO.

¡No más oraciones humillantes!
Yo he sabido adorar, no sé temer;
Hoy ni temo ni adoro como antes.
¡Disipaos, dejadme perecer!

LA FE.

No; yo jamás consentiré en que mueras.
Dios á alumbrar me manda tu camino;
Sigue, hermano, la senda que ilumino.
Yo soy feliz, y al bien te llevaré.
Vengo del cielo, donde el alma, libre
Del peso vil de la materia grave,
Todo lo puede ver, todo lo sabe,
Lo que será, lo que es, y lo que fué.

Ten, Gonzalo, valor: mi Dios protege
Al infeliz que en su justicia espera
Y persiste en la senda verdadera
Que de la fe conduce á la salud.
Si tu opresor se obstina en degradarte,
No le temas por mas que te persiga,
Porque el crimen se gasta, se fatiga,
Y sucumbe en la lid con la virtud.

De embriagarse en la sangre de un infante
Los primeros cristianos acusados,
Fueron por el tirano deshonrados,
Que muerte infame en su furor les dió;
Y reos de fantástico delito
Los creyó el mismo veleidoso mundo,
Que de amor luego en éxtasis profundo
Altars en su gloria levantó.

Con agua de la fuente de su ciencia
¡Oh! lava de tus páginas la duda,
Para que puedas ver limpia y desnuda
La gloria mundanal de su oropel,
Y entrar libre en el templo de la vida,
Donde el honor jamás se mengaba,
Donde jamás nuestro deleite acaba,
Y reina Dios y la virtud con él,

Inmortal eres, inmortal el hombre
Que te calumnian. Hay Dios: si no existiera,
Impunemente perseguir pudiera
A la inermis inocencia el opresor;
Mas no lo hará; que el poderoso muere
Como el pobre mendigo, en su abandono;
Y el rey en el sepulcro deja el trono,
Como su choza el tímido pastor.

No, no lo hará, que en su balanza justa
Pesa mi Dios virtudes y delitos,
Y á los que fueren por su amor proscritos,
Encima de los reyes alzaré.
Del Eden en las puertas deliciosas
Cesan las gerarquías mundanales:
Allí todos los hombres son iguales
Y premio solo á la virtud se da.

¿No es tu propia desgracia un argumento
Contra la fama que dispensa el hombre?
Dí, ¿quiénes manchan, sin rubor, tu nombre,
Sino la envidia vil y el interés?
Y si en lugar de infamia, honor te dieran,
Fuera también el interés su guía,
Que la versátil muchedumbre impía
Aun siendo justa interesada es.

¿Y quieres gloria, hermano? ¡oh! ¿qué es la gloria
Que el mundo puede dar? ¡Ruido de un día!
Pide á la inmensa fábrica sombría
De asirio, medo, egipcio, una verdad.
Reyes, historia, pueblos perecieron;
El torrente del tiempo con sus olas
Lavó las letras, y en las piedras solas
Queda apenas soberbia y vanidad.

Breves siglos bastaron: en la arena
Yace sepulto el místico alfabeto:
Huella el camello el ara, que el respeto
Quizá del orbe entero consagró.
Sobre la vasta mole derruida
Tiende el olvido el ala silenciosa,
Y epitafio elocuente es cada losa
Del orgullo infeliz que la labró.

¿Y aquí qué queda? Un pueblo de gigantes
La América adornó de polo á polo,
Y hoy las ruinas entre el monte solo
Cuentan apenas que ese pueblo *fué*.
De la raza de ciclopes que puso
En tantas babilonias su grandeza
Nada queda, y el bárbaro tropieza
Con la fábrica muda, y no la ve.

(Se continuará.)

Los mejicanos antes de la conquista.

Desde la conquista de Méjico por Hernán Cortés, hombre que con su valor y su política sometió ese vasto territorio á la corona de España, diríase que los historiadores se han puesto de acuerdo para desnaturalizar

los hechos; y excepto Clavijero, último historiógrafo de aquellos pueblos tan poco conocidos, ninguno ha dado á luz nada satisfactorio sobre su historia, sobre los progresos que hicieron en las artes, sobre el grado de civilización á que habian llegado cuando fueron conquistados por un puñado de hombres. Excepto los sacrificios humanos y la antropofagia, las costumbres de ese pueblo y sus leyes eran justas y equitativas; el robo, el adulterio, la embriaguez y la traicion se castigaban con la pena de muerte, y se recompensaban grandemente los servicios hechos al Estado así como las virtudes civiles y militares.

Los historiadores han hecho retratos del emperador Montezuma, cada cual segun el plan y el objeto de su obra, pero ninguno ha pintado tan bien al hombre y su carácter como Clavijero. Sin embargo, á su pintura se pueden añadir algunos rasgos que tocan mas intimamente á ese monarca. Seguramente el papel que tenia que hacer con los españoles era difícil, y sin duda alguna debia concluir por ser víctima.

Durante su encierro en uno de sus palacios que estaba habitado por los jefes españoles, Moctezuma (así se escribe su nombre) recibió en regalo de Cortés varias joyas fabricadas por un artista florentino que tenia tambien talento como pintor y que se llamaba Perino Cornaro: Cortés tuvo la buena idea de mandarle hacer el retrato del emperador de cuerpo entero y al óleo sobre una tabla de cedro de cuatro centímetros de grueso, dos metros de altura y uno y medio de ancho.

El grabado que acompaña es una exacta reproduccion de aquel retrato, copia tomada de un dibujo á la aguada reducido; puede decirse que es el único retrato auténtico que hasta el dia se ha publicado en Europa.

Sobre la placa que forma la diadema se ve el águila doble de Carlos V, lo que parecería probar que ese ornato se hizo especialmente para el lugar que ocupa. Las figurillas que están á cada lado de la piedra del cin-

tenderse lo que llaman los ingleses *picture writing*. Los manuscritos ó códices mejicanos antes y cuatro años

fecha sirvió de punto de partida á Clavijero para fijar la que presidió á la grandeza del pueblo mejicano que de esclavo ascendió á conquistador y formó un imperio.

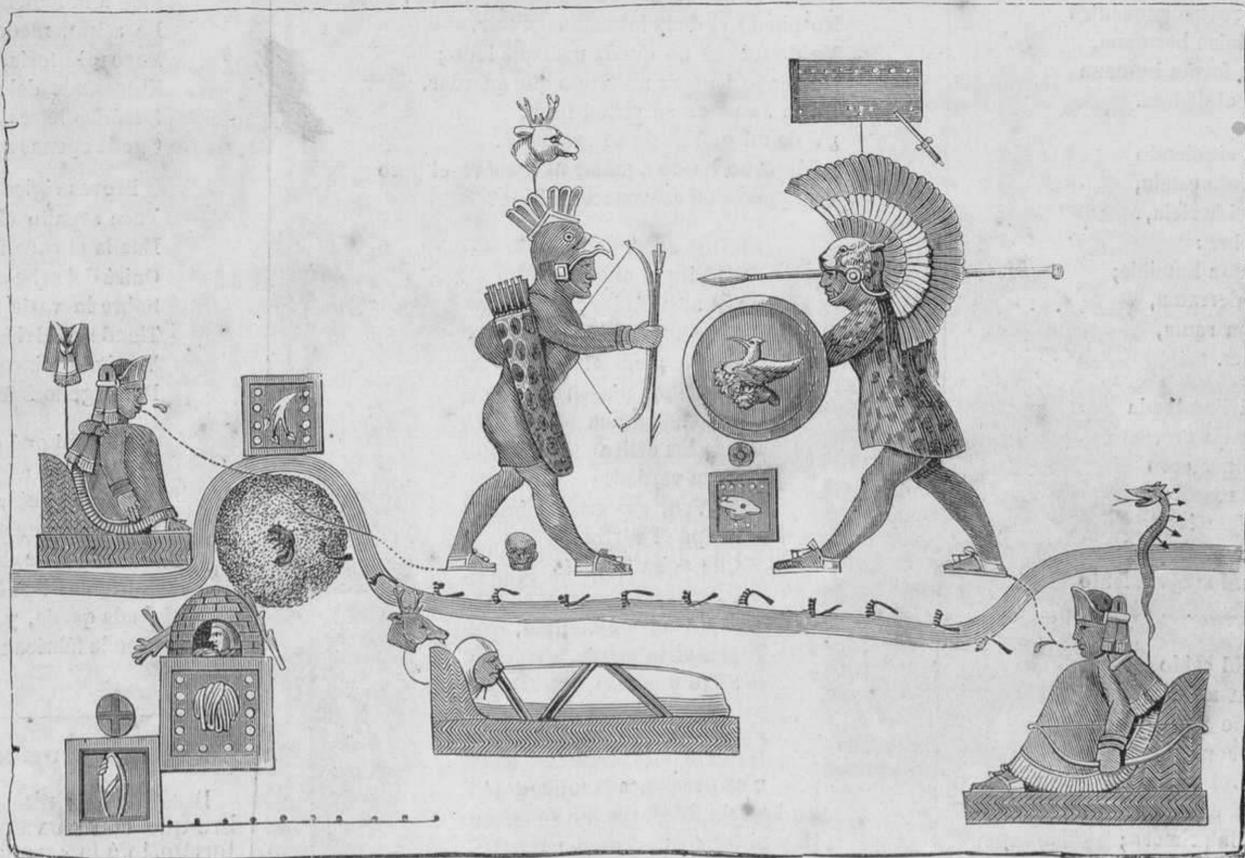
Hé aquí la traduccion de esta pieza curiosa, cuyo dibujo se halla reproducido en el presente artículo:

A la derecha y hácia abajo del cuadro está la efigie del rey Ytzcohuatl con el perfil vuelto á la izquierda; lleva una diadema, y detrás se eleva el signo que figura su nombre; es una serpiente erizada de dardos.

Este rey está sentado en un sillón (*tlecopatl*), y tiene en la mano izquierda el arco y la flecha, insignias de su poderío y de su participacion en la batalla. Delante de la boca hay una señal que significa palabra y vida, y una línea de puntitos se dirige hácia el sitio adonde envia su mando, es decir, á su general Moctezuma Yluicamina, nombre compuesto de Ylluicacpa (en lo alto del cielo) ó Ylluicatl, y mina (tirar flechas, de donde sale tirador de flechas al cie-



ONTEZUMA, emperador de Méjico.—Copia de un retrato contemporáneo pinado por Perino Cornaro.



Fac-simile de un manuscrito mejicano representando la conquista de Azcapuzcalco.



JEFE DE CIEN HOMBRES.

lo.) Esta señal está representada sobre el casco del general por un cuadrado largo dividido en tres bandas con estrellas y una flecha plantada en medio. El casco de este jefe está adornado con tres hileras de grandes plumas verdes, rojas y azules. En medio del escudo del héroe se ve dibujado un pájaro (huitzili), emblema de la guerra y del Dios Huitzilopochtli.

La banda derecha que corre de derecha á izquierda y da un rodeo que cierra el sitio circular de la ciudad de Azeaputzalco, representa los pantanos que el ejército mejicano tuvo que atravesar para atacar al enemigo (los tecpaneques) sobre su territorio. Las huellas de las pisadas en direccion á la ciudad indican la marcha del ejército, y la marca que se ve en el circuito de la ciudad, demuestra que los mejicanos se apoderaron de ella.

En el centro del circuito se nota una hormiga rodeada de una infinidad de puntitos; es la señal que indica el nombre de la ciudad y cuya traduccion es esta: *sitio de las hormigas, de azcaputzal, hormiguero, y de co, sitio.*

Por el lado izquierdo hácia abajo, está el tirano Maxtlaton sentado en su silla y dando á su general las mismas órdenes que Ytzoahuatl ha dado alsuyo. La señal que se ve detrás de su cabeza se llama maxlatl, bragueta.

Los dos generales se encuentran en medio de los dos ejércitos. Mazatl, el general tecpaneque, está representado por una cabeza de gamo; la calavera que se ve entre sus piernas (miqui) quiere decir, que á pesar de su valor, perdió la vida combatiendo; debajo del general tecpaneque hay un cuerpo envuelto y con la señal repetida de la cabeza de gamo; lo que quiere decir,

que el general difunto recibió los honores de la sepultura debidos á su clase y á su bizarría.

Toda la parte baja de este cuadro representa la fecha de la conquista y la de la muerte vergonzosa del tirano Maxtlaton. — Esta batalla memorable tuvo lugar el 7 toxtli, signo del conejo, con siete puntos circunscritos en torno de la cabeza en un cuadrito coronado con una roseta azul. La fecha corresponde á AD, año de Jesucristo 1425, el 5 de marzo.

El 8 atl, 6 de marzo, los mejicanos tomaron posesion de la ciudad de Azcaputzalco, pero no pudieron apoderarse del tirano inmediatamente. El tercer día de la conquista le hallaron escondido en un temazcalli, horno de vapor, y le mataron á palos el 12 malinali, décimo mes de su sanguinario reinado.

Este suceso fué el principio del esplendor mejicano.

El arte estratégico de esos pueblos se hallaba muy adelantado relativamente á sus medios de agresion ó de defensa, y quizá habrian salido muy mal los españoles si los Tlascasteques, pequeña república muy belicosa, no se hubiesen unido á los conquistadores. El ejército estaba siempre mandado por un general hijo ó pariente del rey, cuando no le mandaba el rey en persona. En torno de un abanderado llegaban los soldados de la provincia reunidos por el geroglífico que representaba las armas de la capital de la provincia. — Cada aldea tenia tambien su guia y su jefe que tenia á sus órdenes trece compañías mandadas por trece jefes de cuerpo.

Excepto las armas defensivas y ofensivas que se parecian toas, el soldado



GENERAL MEJICANO-

se vestia á su antojo; pero á su juicio, era el mas horrible el que mas debía espantar al enemigo. Se disfrazaba de tigre, de caiman, de esqueleto y de águila; tenia cascos de formas quiméricas y corazas de plumas ó guarnecidas de algodón.

El general de gran casco y escudo que se prepara á tirar una piedra, señal del combate, lleva el estandarte



ABANDERADO.



EL GENERAL TLAHUICOLA.

de oro; es la señal glífica de una montaña (tepeque) sobre cuya cumbre se ve una langosta (chapulina); lo que compone la palabra de chapultepeque. La señal del agua (atl), indica que hay fuentes en esa ciudad, que era un sitio real de los soberanos de Méjico. Este traje, que podría parecer de pura invención, se encuentra corroborado por el de Moctezuma que acabamos de explicar.

En la época en que el autor de estos dibujos llegó á Méjico, nadie se había ocupado aun en recoger las antigüedades, y sobre todo los trajes antiguos trabajados con plumas mezcladas con el tejido de algodón, las armas y muchos restos curiosos. Nuestro autor compró todo eso muy barato, excepto las cosas que eran de oro ó plata; y así, con ayuda del gran manuscrito de Tlaxcala, pudo recomponer, vistiendo un indio ó una india, los trajes civiles y guerreros de hace tres siglos, como si hubiera asistido á la conquista.

La figura cubierta con una piel de jaguar representa un jefe de cien hombres. El casco es de madera y está revestido con la piel de la cabeza del animal. La coraza tiene por dentro una almohadilla de algodón tejido tan compacta, que puede resistir á la punta aguda de una pica ó de una espada.

El instrumento que ese jefe lleva en la mano derecha es un palo de madera dura, en el que se hallan incrustadas longitudinalmente unas hojas de obsidiana (*marmor obsidianum*), *izlli* en mejicano; el arma se llama tepuzmacauitl.

El abanderado con cabeza de ave sentado cerca de un lago (vista tomada de Tezcuco), lleva una coraza hecha con los cañones y plumas del águila; no la corta el sable mas afilado, y se llama tipuziupilli. El estandarte con cabeza de águila se llama quachpantli.

El guerrero sentado en una roca y cuyo casco quimérico de un dibujo muy original, está tomado del gran manuscrito pintado en lienzo de algodón que se halla en la municipalidad de Tlaxcala, representa al general Tlaxcalteque, *Tlahuicola*, el Aquiles de esa pequeña república que murió (antes de la llegada de los españoles) sobre la piedra gladiatorial, despues de haber dado muerte á los catorce guerreros mas valientes que pudieron oponerle los mejicanos.

Moctezuma queria conservar la vida bajo la condicion que mandara sus ejércitos, pero él contestó diciendo:

— No soy traidor ni desleal; quiero morir, puesto que me he dejado coger vivo.

La piel que cubre el casco y que forma tambien su coraza, no tiene igual en el fauno mejicano. Es de presumir que era un dibujo de algun bison con manchas, casi tan raro como el blanco, y que fué llevado á Tlaxcala por los cazadores, para ser convertido en armadura.

Las armas eran la macquauitl, especie de sable con hojas de obsidiana incrustadas en un palo, ó hojas de madera duras, el arco y la flecha; la pica tenia tres ó cuatro metros de larga y remataba en una punta de sílex; la honda, arma terrible en una mano ejercitada; luego habia el lazo que empleaban como los vaqueros le emplean hoy para coger los caballos, los bueyes ó las mulas.

La maza no parece estuvo muy en uso, aunque se ve el dibujo de ella en una tierra cocida que representa á Painalton, el Patrocló de Huitzilopochtli, y en la mano de ese mito, pues el Marte de los mejicanos es tan problemático como el Marte de los griegos. Este dios de las batallas y de los sacrificios humanos es una tradicion que se nota ya en los siglos pasados, y sin embargo, los mejicanos ó aztecas no aparecen sino por los años 1100 de Jesucristo.

Todo es moderno en el Anahuac, excepto los Tolteques y los Xicalanques; estos fueron á establecerse sobre las ruinas de las antiguas moradas de los Choles, los Ocozingués y los Mayas; hasta Copan era una ruina cuando los Tolteques se presentaron en el pais. Palenque, de que no hace mencion ningun manuscrito, ninguna tradicion, no existia tampoco como cuerpo de nacion en aquella época, lo mismo que los elefantes representados en las esculturas que les sobrevivieron.

Pruebas son esas muy incontestables de la antigüedad de los pueblos que habian practicado las artes y que habian llegado al mismo grado de civilizacion que los egipcios de la dinastía XVIII; pues aun existen monumentos de aquella época esparcidos por las ruinas de un mundo que llamamos nuevo. La historia de los mejicanos, moderna en su redaccion, ofrece muchos puntos tenebrosos.

Se destruyeron mas de 200,000 manuscritos, y con ellos quedó aniquilada la historia. La pérdida desgraciadamente es irreparable, pues todos los manuscritos conservados en las bibliotecas de Europa son rituales.

Los únicos de historia á cuyo beneficio se pueden seguir las épocas en un espacio de 419 años son propiedad de M. Aubin; los restantes se hallan en posesion del autor de estas líneas. Gracias á estos monumentos, la historia de los aztecas se nos presenta con mas orden que en los escritores españoles que escribieron sobre los mismos lugares en tiempo de la conquista.

W.

LA FERIA DE LAS VANIDADES.

POR W. THACKERAY.

(Conclusion)

— Continuaré el servicio, se decia siguiendo el curso de sus reflexiones, y consagraré el resto de mis fuerzas á llenar los deberes de mi profesion; pasaré lo restante de mi vida inspeccionando los botones de los reclutas, y examinando las cuentas de los sargentos, y cuando me vea anciano y achacoso, pediré el retiro y me resignaré á vivir con mis hermanas hasta que me lleven á la sepultura. Nada, está resuelto. Paga la cuenta, Francis, y dame un cigarro; luego verás qué funcion hay esta noche, y mañana nos embarcaremos en el *Batave*.

Dobbin hablaba así en el puerto de Rotterdam. Francis no oyó mas que las últimas palabras.

El *Batave* estaba fondeado á corta distancia, y á popa podia distinguir el mismo puerto donde habia hecho la travesía con Amelia. Pero ya no debia pensar en esto; mañana saldria para la Gran Bretaña.

Pasado el mes de junio, segun los usos germánicos, la sociedad de la corte de Pouperville se disemina por varios puntos del globo á tomar las aguas minerales.

El doctor Von Glauber, médico de la corte, habia persuadido á José que debia ir á tomar baños á Ostende. Amelia se decidió fácilmente, y Jorge saltaba de júbilo con la idea del viaje. Rebeca debia naturalmente ocupar el cuarto puesto en el coche que José habia comprado.

La pequeña colonia no tardó pues en ponerse en camino, y fué á instalarse en Ostende en una fonda muy cara y muy mal servida.

Amelia comenzó á tomar los baños con la indiferencia con que hacia ya todas las cosas. En cuanto á Rebeca, las personas que la conocian, apenas la veian se apresuraban á alejarse de ella. Mistress Osborne, que la acompañaba en sus paseos, no conocia á nadie, y ni siquiera notaba las afrentas que debia sufrir su amiga.

No obstante Amelia tardó poco en cansarse de la vida de Ostende, y manifestó á José el deseo de regresar á Inglaterra. En su casa se habian introducido el mayor Loder y el capitán Roock, amigos de Rebeca, que fumaban y se conducian de un modo insolente. Esta sociedad disgustaba á mistress Osborne.

Pero José no hacia caso de sus ruegos, pues no queria alejarse de su doctor; era este un lazo poderoso para él; y además debemos decir que Rebeca no le instaba para que se volviese á Inglaterra.

Por fin Amelia tomó un gran partido, una enérgica resolucion; escribió á un amigo sin decir una palabra á nadie, y llevó ella misma la carta al correo, para estar mas segura de su secreto. Únicamente se notó en ella cierta emocion cuando volvió al lado de Jorge, con quien pasó hablando una gran parte de la noche.

Al volver del paseo se encerró en su cuarto. Rebeca pensó que tenia miedo al mayor y al capitán.

— No puede estar mas tiempo aquí, se decia Rebeca. Que se marche pronto. ¿Cuándo se ha visto semejante pesadumbre por un marido que ha muerto hace quince años? Y Dios sabe si merecia ese sentimiento. Que se case con el tonto de Dobbin, esta noche lo arreglaré yo.

Bajo pretexto de llevarla una taza, Rebeca fué al cuarto de Amelia, y la encontró muy agitada en compañía de sus dos retratos. La puso delante la taza de té, y Amelia la dió las gracias.

— Escuchadme, amiga mia, dijo Rebeca paseándose por el aposento y mirándola con un aire de interés casi despreciativo. Tengo que hablar con vos. No podeis permanecer aquí mas tiempo; debeis sustraos á la insolencia de esos dos miserables que visitan vuestra casa. Poco os importa saber cómo los he conocido; pero lo cierto es que sé muy bien á qué atenerme con respecto á ellos. José no está en el caso de protegeros. Debeis buscar un marido, si no quereis exponeros con vuestro niño á una ruina segura. Necesitais un sosten, un apoyo... y ese se ofreció á vos en la persona del hombre mas amable y bondadoso que hay en el mundo... ¿cómo habeis tenido valor para rechazarle?

— Hice cuanto pude por olvidar... repuso Amelia con aire suplicante, y en vez de acabar su frase miró al retrato del difunto.

— ¿Olvidar á quién? exclamó Rebeca; al egoismo personificado, á un hombre sin talento y sin corazon... ¡Ah! tanta semejanza hay entre él y vuestro amigo Dobbin como entre vos y la reina Elisabeth. Y ese hombre estaba cansado de vos, y os habria dejado plantada sin el mayor Dobbin, que le obligó á que cumpliera sus promesas. Así me lo repetia diariamente, diciéndome que lo mismo pensaba en vos que en su abuela; á la semana de estar casado ya me hacia la corte.

— ¡Es falso! ¡Es falso! exclamó Amelia poniéndose en pié al oír esas palabras.

— Aquí teneis la prueba. Y al mismo tiempo sacó del pecho un papel que puso á la vista de Amelia.

— ¿Reconoceis la letra? añadió; creo que es la suya; pues bien, leed esta carta y vereis que me propone un rapto; y me la dió delante de vos, la víspera del dia en que debia morir. Bien muerto está, continuó Rebeca.

Amelia ya no oía nada; sus ojos estaban fijos en la carta.

Era la misma que Jorge habia puesto en el ramillete

que dió á Rebeca la noche del baile de la duquesa de Richmond.

Rebeca decia la verdad; Jorge la proponia un rapto. Amelia dejó caer la cabeza sobre su pecho.

Esta será la última vez que la veremos llorar en el curso de esta historia; pero apresurémonos á decir que su llanto fué abundante. Con el rostro oculto en sus manos, dió rienda suelta á su emocion, y Rebeca fué durante un rato testigo impasible de esta escena.

¿Qué hombre bastante iniciado en los secretos de los corazones podrá decirnos si aquellas lágrimas fueron dulces ó amargas? ¿Procedia su dolor del sentimiento que experimentaba al ver así destruido el ídolo de su vida; se indignaba pensando en los desdenes de que su amor habia sido objeto, ó por último, se regocijaba al ver suprimido el obstáculo que su pudor de mujer habia colocado entre ella y su cariño nuevo?

— Ningun lazo me detiene ahora, se decia; puedo amarle con todas las fuerzas de mi alma... ¡Ay! ¡Quiera Dios que él consienta y me perdone!

Creo que este último sentimiento habia acabado por triunfar de todos los demás, y que él era la causa principal de la turbacion que experimentaba. Su dolor no estalló como se habia prometido Rebeca; abrazó tiernamente á su amiga, y esta tomando la cabeza de Amelia con sus dos manos para besarla en la frente, la dijo:

— Pronto una pluma y papel y escribidle.
— Le he escrito esta mañana, contestó Amelia sonrojándose.

Rebeca recibió esta confesion con una carcajada, y al mismo tiempo se puso á tararear las palabras de la Rosina con una voz que despertó los ecos de la casa: ¡Un biglietto, eccolo qua!

Dos dias despues de esta escena, por un tiempo lluvioso y triste, Amelia, que habia pasado la noche oyendo los mugidos de la borrasca y compadeciendo á los pobres viajeros, se levantó muy temprano y quiso dar un paseo con Jorge por el muelle.

Parecia que tenia gusto en desafiar la lluvia que azotaba su rostro, y tenia los ojos fijos en la línea negra que marcaba en el horizonte los limites del mar. Solo hablaba para responder á Jorge.

— Creo que no se habrá atrevido á venir con el tiempo que hace, decia Amelia.

— Yo apostaria lo contrario, respondia Jorge.

Y al cabo de una pausa añadió:

— ¿No veis, madre mia, por aquel lado el humo del vapor?

El niño no se engañaba; el barco se anunciaba por una larga columna de humo; pero ¿quién podia asegurar que Dobbin estuviera á bordo, que hubiera recibido la carta, y que se hubiera decidido á venir?

Mil temores contristaban el corazon de Amelia, todos tan tumultuosos como las olas que se estrellaban en espuma contra las piedras del muelle.

En breve se pudo distinguir el vapor; Jorge tenia un anteojo, á cuyo beneficio fué detallando á su madre las particularidades del buque.

Amelia quiso mirar por encima del hombro de Jorge, pero no vió nada; solo pudo descubrir un punto negro que bajaba y subia.

Jorge prosiguió:

— ¡Qué sacudidas dan al buque las olas!... No hay mas que dos personas sobre cubierta con los hombres de la tripulacion... Una de ellas está sentada... la otra de pié... es un hombre... tiene un sombrero militar... ¡es Dobbin!...

Bajando entonces el telescopio, corrió á su madre y la estrechó en sus brazos; Amelia se «sonreía entonces en medio de sus lágrimas,» como dice el poeta.

Ahora estaba segura de que era William; no podia ser otro.

El buque se acercaba. En el momento en que amarró al muelle para operar el desembarco, Amelia temblaba de tal modo que se arrodilló para dirigir al cielo las acciones de gracias mas fervientes.

Hacia un tiempo tan malo que no se encontraba nadie en el muelle; apenas habia algunos mozos para cargar con los equipajes de los viajeros.

Jorge se eclipsó un instante, y cuando el pasajero de la capa volvió al puerto, la escena que bosquejamos aquí rápidamente pasó, digámoslo así, sin testigos.

Una mujer con un sombrero blanco y un pañuelo grande se adelantó hácia el pasajero tendiendo sus brazos y desapareció en los vastos pliegues de la capa; en tanto que ella cubria de besos una de las manos del oficial, él sin duda la estrechaba sobre su corazon y la sostenia para impedir que se cayera al suelo. A través de las palabras confusas que murmuraba, se oía esto:

— ¡Perdonadme, mi querido William, mi buen amigo, perdonadme!...

Cuando al cabo se calmó este delirio, Amelia se desprendió de los brazos de Dobbin, y conservando una de las manos de William entre las suyas, clavó en su rostro una mirada de una ternura indefinible.

— Tiempo era de que me llamáseis, querida Amelia.

— ¿No habriais vuelto, William?

— Nunca.

Y estrechaba sobre su corazon á aquella criatura encantadora.

Cuando salian de la aduana, Jorge llegó á su encuentro loco de júbilo, y los acompañó á casa saltando y brincando en su derredor como un loco.

José no se habia levantado aun, Rebeca no estaba todavía visible, aunque ya los habia visto llegar á través de las persianas.

Jorge se fué á la cocina para que dispusieran el almuerzo.

La tórtola está al fin en la jaula; ahora descansa en el hombro de su amigo, ahora canta para él solo, ahora agita suavemente sus alas con un estremecimiento de alegría; y él posee el tesoro por el que suspiró durante diez y ocho años de noche y de día. Sus votos están cumplidos.

Aquí nuestra pluma se detiene, pues ha llegado el término de nuestra obra y la última página de esta historia. ¡Adios, coronel; Dios os proteja, honrado y virtuoso William; adios, querida y tierna Amelia! ¡Pobre yedra frágil; prende ahora tus ramajes verdes en torno de esa encina vigorosa, y que en adelante vuestras ramas vivan enlazadas y confundidas!

Sea que no quisiera turbar la felicidad de la persona que había tomado su defensa, sea que tuviera horror de todo sentimiento sincero, Rebeca, muy contenta por los resultados de su negociacion, no quiso encontrarse con el capitán Dobbin y con Amelia. Pretextando asuntos personales, marchó á Bélgica, y los únicos que asistieron al casamiento fueron Jorge y su tío.

Después el niño se fué á vivir en casa del coronel con su madre, y Rebeca volvió al cabo de pocos días para acompañar al pobre José, que con el matrimonio de su hermana se había quedado en la soledad mas completa.

Dijo que le gustaba vivir en el continente, y dió gracias á Dobbin por la habitacion que en su casa le ofrecía.

Amelia se felicitaba de haber escrito á Dobbin antes de haber visto la carta de Jorge.

— Yo sabia todo eso, respondia William; pero no podia resolverme á emplear tales armas contra la memoria de un amigo, y no podéis figuraros lo que sufrí el día en que...

— No hablemos mas de eso, exclamó Amelia con tanta humildad y confusion, que William se apresuró á cambiar de conversacion.

El coronel Dobbin dejó el servicio inmediatamente después de su matrimonio, y se estableció en una bonita casa de campo del Hampshire, no lejos de Crawley-la-Reina, donde después del bill de reforma, sir Pitt y su mujer habian fijado su residencia definitiva. Todas las pretensiones del baron se habian disipado y habia perdido sus dos puestos en el Parlamento. Esta catástrofe habia trastornado á la vez su fortuna y su cabeza; hasta se habia puesto enfermo, y no cesaba de profetizar la próxima decadencia del Reino Unido.

Lady Jane y mistress Dobbin se hicieron las mejores amigas del mundo. Siempre estaban juntas. Lady Jane fué la madrina de la niña de mistress Dobbin, á quien puso su nombre, y que fué bautizada por el reverendo James Crawley, sucesor de su padre en el presbiterio de Crawley.

Una estrecha amistad se formó entre Jorge y Rawdon, que cazaban juntos durante las vacaciones, y entraron al mismo tiempo en el presbiterio de Cambridge. Como no podia menos de suceder, se elevó entre ellos una rivalidad de amor concerniente á la niña de lady Jane. Hacia tiempo que las dos madres proyectaban un matrimonio entre Jorge y la niña, aunque las preferencias de esta última se inclinaban hácia su primo.

Nunca se pronunció el nombre de Rebeca entre las dos familias, y la razon se comprende fácilmente. Rebeca no abandonaba un instante á José Sedley, y este se hallaba enteramente á discrecion de la advenediza.

El coronel tuvo noticia de que José gastaba demasiado, y Amelia le suplicó que fuera á Bruselas, donde vivia su hermano á la sazón, para interrogarle sobre el estado de sus capitales.

Dobbin salió en efecto y halló á José instalado en una de las principales fondas de la ciudad. Rebeca, que ocupaba un gran aposento en la misma casa, tenia coche, daba grandes fiestas y llevaba una existencia de prodigalidades.

El coronel no tenia deseos de verla, y participó en secreto á José la noticia de su llegada.

José suplicó al coronel que pasara á su habitacion, y como aquella noche Rebeca tenia fiestas, pudieron los dos hablar á solas. El coronel halló á José en el peor estado de salud; y á pesar de los elogios que prodigaba á Rebeca, se reconocia el terror que le inspiraba. Decia él que le habia cuidado con un celo admirable en una serie de enfermedades á cual mas extraordinarias; se habia portado con él como una hija.

— Por amor de Dios, continuaba el desgraciado, venid á Bruselas para que estemos juntos.

El coronel se puso serio.

— Es imposible, José; en el estado en que se hallan las cosas, Amelia no puede veros.

— Os juro, os juro por la Biblia, exclamaba José con voz suplicante, que esa mujer está tan pura como la vuestra, y que es tan inocente como una criatura.

— Quiero creerlo así, respondió el coronel con acento triste; pero Amelia no puede venir; sed hombre, José, rompéd esos lazos culpables, venid con vuestra familia. Me han dicho que vuestros asuntos pecuniarios no están bien...

— ¿Quién ha inventado semejante calumnia? exclamó José; todos mis capitales están colocados del modo mas ventajoso. Mistress Crawley... es decir... mi dinero, me produce buenos intereses.

— Hablan de deudas y de un seguro sobre vuestra vida...

— Pensaba que... la debía alguna cosa... en el caso en que me sucediera alguna desgracia... Ya sabéis que tengo tan mala salud... Es por gratitud y nada mas...

Mi intencion es dejaros toda mi fortuna, pero debo dejarla algo tambien... continuaba José, demasiado débil para romper las cadenas que sobre él pesaban.

El coronel insistió para que se libertara de aquel yugo y se volviera á la India, donde ciertamente no le seguiria mistress Crawley.

José, retorciéndose las manos, contestaba que haria todo lo que quisieran; pero que era preciso tiempo, y sobre todo no decir nada á Rebeca.

— Me mataria si lo supiera, añadía el infortunado; ¡ah! no sabéis lo que es.

— Pues bien, venid conmigo, dijo Dobbin.

José no tuvo valor para ello. Prometió que volveria á ver á Dobbin á la otra mañana, jurando no hablar de su entrevista.

Y ahora era preciso que se marchara pronto, pues podia volver Rebeca.

Dobbin se despidió de José con los mas tristes sentimientos.

No volvia á verle.

Tres meses después José Sedley moria en Aquisgran, toda su fortuna se hallaba comprometida en especulaciones absurdas, y solo se hallaba ya representada por efectos de ningun valor procedentes de empresas locas.

En suma, solo dejó las dos mil libras esterlinas en que se habia asegurado, y que debian ser repartidas entre su querida hermana Amelia y la amiga que le habia asistido en sus enfermedades, Rebeca, á quien designaba para ejecutar sus últimas voluntades.

La compañía de seguros declaró que este asunto tenia que ponerse en claro. Habló de enviar á Aquisgran una comision para examinar las circunstancias de la muerte, y se negó á pagar; pero Rebeca fué á Londres, puso pleito á la compañía, y después de declarar por todas partes que era víctima de intrigas infames que la habian perseguido durante toda su vida, acabó por triunfar. Se pagaron las dos mil libras; su reputacion salió intacta de esta prueba, pero el coronel Dobbin la devolvió la parte que le tocaba á su mujer, y no quiso tener relaciones de ninguna clase con Rebeca.

El coronel Rawdon murió de la fiebre amarilla en Coventry-Island, generalmente sentido por todos los habitantes de la isla.

Mes y medio antes habia muerto sir Pitt, y de resultados de este fallecimiento, como no dejaba heredero varon, los bienes de la familia pasaron al joven Rawdon Crawley.

Este tambien se negó á ver á su madre, á quien da una pension, y que se encuentra por lo demás en un estado de fortuna de los mas florecientes.

El joven heredero se retiró á Crawley-la-Reina con lady Jane y su hija, en tanto que Rebeca ha elegido Bath y Cheltenham por teatro de sus hazañas, y se presenta en todas partes como una víctima inocente y perseguida.

¿Tiene enemigos? ¿Quién no los tiene en este mundo? Pero su vida responde por ella.

Ahora se consagra enteramente á las obras de caridad, va á la iglesia, y no sale nunca sin que la acompañe un criado. Su nombre se halla en todas las suscripciones de beneficencia. Las tenderas y las lavanderas abandonadas han encontrado en ella una protectora generosa. Siempre compra billetes para las funciones que dan en los teatros á beneficio de esas infortunadas.

Amelia, sus niños y el coronel, que de tiempo en tiempo van á Londres, suelen encontrarse con ella en las funciones susodichas. Ella baja los ojos modestamente, y se sonrie con amargura cuando ya no la miran.

Amelia va siempre del brazo de Jorge, que es ya un guapo mozo, y el coronel lleva á su niña Jane, que prefiere á todo en el mundo.

— Creo que la quiere mas que yo, se dice Amelia suspirando.

El coronel siempre es el mismo; en cuanto su mujer ha manifestado el menor deseo, ya le pone en via de ejecucion.

Y ahora, digámoslo muy alto: ¡*Vanitas vanitatum!* ¿Quién de nosotros es dichoso en el mundo? ¿Quién de nosotros llega al término de sus deseos, ó se halla satisfecho si ha llegado? Adios, amigo lector; vuelve ahora á la vida real donde verás como pasa ante tus ojos la historia que acabo de contarte.

FIN.

La casa del timbre en Paris.

Después de haber permanecido largo tiempo en los edificios que formaban los últimos restos del convento de capuchinas, antiguas construcciones ocultas por la calle de la Paz por una pared de aspecto sombrío, la direccion del timbre, del registro y de los dominios se trasladó en 1833 á la casa que se construyó en la calle del Banco para reunir ese triple servicio.

Los planes generales de esta construccion designaban un trabajo de detalle tanto mas difícil, cuanto mas complejas eran las bases del programa. Sobre un terreno de 110 metros de longitud, pero de una anchura limitada é irregular, era preciso reunir la direccion del timbre y las del registro y los dominios en un solo edificio, pero con cuerpos de construccion enteramente

separados y que no debian tener mas que un punto de contacto, aquel en que el público despues de haber pagado el valor del timbre que debe estamparse en el papel, presenta ese papel en la rejilla correspondiente á las oficinas de la aplicacion del timbre. Cerca de las habitaciones destinadas á los directores, era preciso establecer muchas oficinas para las diferentes divisiones de su triple administracion. El timbre exigia almacenes muy vastos para encerrar 100,000 kilogramos de papel blanco ó timbrado, y talleres para un personal que no se eleva á menos de 200 personas entre hombres y mujeres; por último, era indispensable reservar para el servicio cinco entradas distintas con otras tantas escaleras correspondientes.

El arquitecto M. Baltard, á fuerza de combinaciones ingeniosas, resolvió victoriosamente las dificultades del programa, en cuanto á las disposiciones interiores. Por lo que toca al conjunto exterior, su edificio, de las formas que caracterizan la arquitectura del fin de la república romana, tiene un aspecto serio muy en armonia con su destino.

Esta construccion ha costado 1.600,000 fr. incluso los muebles. No se debía menos á unas oficinas que hacen ingresar anualmente en las cajas de Estado una suma de ochenta millones de francos.

NOTICIA HISTÓRICA DE LA LEGISLACION DEL TIMBRE.

El impuesto del timbre es uno de los mas antiguos y mas generales; existia en tiempo de Justiniano. En Inglaterra, Holanda y otros países, produce cuantiosas sumas; sin embargo, oponiéndose á su establecimiento acabaron los norte-americanos por conquistar su independencia.

En Francia el impuesto del timbre data del tiempo de Luis XIV. Por real cédula de 19 de marzo de 1673, se ordenó la impresion de fórmulas en blanco que eran vendidas por cuenta del Tesoro. Este estado de cosas duró poco; las fórmulas fueron suprimidas en 1674, y reemplazadas por una marca ó sello aplicado sobre los papeles y pergaminos que los oficiales públicos debian emplear en sus actos. Llamaron estos papeles *papel marcado* y luego *papel timbrado* (ó sellado) por la marca á que dieron posteriormente el nombre de timbre.

Este timbre era en un principio una marca húmeda con tinta, fácil de falsificar; luego estamparon en el cuerpo mismo del papel una segunda que llamaron *filigrana*, y por fin añadieron al timbre húmedo de tinta un timbre seco, á fin de hacer mas difícil la falsificacion.

En un principio el derecho era moderado; pero se aumentó sucesivamente en 1680, 1690 y 1748, y se añadieron 10 sueldos por libra al derecho principal hasta 1781.

No existia entonces el timbre proporcional, y muchas provincias se hallaban exentas del derecho del timbre. La ley de 1791 abolió el antiguo timbre y dividió el impuesto en dos especies de timbre nuevo; el uno fijo en razon de la dimension del papel, y el otro proporcional en razon de las sumas. Según esta ley, los papeles recibian en cada departamento un timbre negro con indicacion del precio; los timbres de dimension destinados á los actos y registros llevaban además las palabras *minuta ó expedicion*.

Los timbres proporcionales que eran cuatro, se hallaban destinados á las letras de cambio y cartas órdenes, y á los recibos de renta sobre el Tesoro público.

Los papeles de dimension no podian ser empleados mas que en los departamentos cuyo nombre indicaba el timbre; los de los timbres proporcionales podian serlo en todos los departamentos indistintamente.

La creacion de un papel moneda y su depreciacion sucesiva, dieron por consecuencia una elevacion tambien sucesiva de los derechos del timbre por las leyes del 15 mesidor año III y 11 nivoso año IV. La del 14 termidor de este último año, época de la desmonetizacion de los asignados, redujo los precios, é introduciendo un primer cambio en los timbres, hizo dar un segundo paso á la progresion del derecho proporcional de los efectos de comercio.

La ley del 3 floreal año V, estableció un timbre proporcional para la cuartilla de papel y modificó los derechos del timbre proporcional según la progresion de los valores.

Una nueva ley sobre el timbre en armonia con la del registro que se meditaba hacia muchos años, salió á luz el 13 brumario del año VII y se fijó la dimension del papel; esta ley creó once timbres proporcionales para las sumas de 1,000 á 2,000 fr.; pasando de esta cantidad, los papeles debian recibir un V^o B^o para el timbre.

En cuanto á la forma, se distinguian entonces como hoy, dos clases de timbre: el ordinario estampado sobre los papeles que vende el gobierno, y el extraordinario para los que no son de venta corriente. Los sellos se aplicaban en negro, á saber; para el timbre ordinario, en lo alto de la parte ordinaria del pliego, y para el extraordinario en lo alto de la parte derecha. Cada timbre indicaba su precio; los timbres proporcionales que eran once, se aplicaban en seco en Paris para todos los departamentos. Por un decreto del gobierno del 9 prarial año X se elevó su número á veinte, y se autorizó la fabricacion y timbre en Paris de todo el papel necesario para la Francia; y en virtud de otro decreto del 22 brumario año X, los talleres de los departamentos se suprimieron y fueron reemplazados por depósitos ó almacenes.



LA CASA DEL TIMBRE EN PARIS.

Desde esa época, la forma de los timbres se renovó á cada cambio de gobierno, y por las leyes del 28 de abril de 1816 y de 16 de julio de 1850, se introdujeron modificaciones en la tarifa de los derechos de timbre y se reglamentó su aplicacion.

Hoy se recaudan los derechos de timbre por los despachos de papel timbrado confiados á la administracion del registro, por la aplicacion del timbre extraordinario y por el V^o B^o para timbrar á solicitud de los interesados.

En cada departamento existe un depósito de papel timbrado.

LOS TALLERES DEL TIMBRE.

Los talleres del timbre en Paris se hallan dirigidos



TALLERES DEL TIMBRE CON MAZO.

ER

por el director del timbre y de los dominios del departamento del Sena, que tiene á sus órdenes un personal masculino de guarda-almacenes, de vigilantes y timbradores, y un personal femenino de obreras que cuentan en blanco y en negro y vuelven los pliegos.

En los talleres abiertos los días no feriados de las 9 de la mañana á las 4 de la tarde, salvo un descanso de las doce á la una, las mujeres deben escoger y contar los papeles blancos antes de entregarlos al timbre; hay otra tanda que cuenta esos mismos papeles despues de la aplicacion del timbre.

Esta aplicacion se hace por los hombres en los talleres designados con el nombre de talleres de timbre con mazo si se trata del timbre húmedo, ó con la prensa si es en seco; las mujeres presentan los pliegos y los cuentan.

Las operaciones se ejecutan con la mayor rapidez, pues la administracion exige que

cada mesa suministre diariamente este número de sellos:

Efectos de comercio, 10,000 sellos.

Papel de 35 céntimos, 14,000 sellos.

Papel de 70 céntimos y de 1 franco 25, 9,000 sellos.

Papel de 1 franco 50, 8,000 sellos.

Papel de 2 francos, 7,000 sellos.

Para las hipotecas, pasaportes y licencias de caza, 6,000 sellos.

Cada mesa del taller del timbre extraordinario debe dar al día cuando menos 15,000 sellos para el papel destinado á los periódicos.

Cada obrera debe contar en blanco diariamente:

Efectos de comercio, 9,000 cupones.

Papel de dimension, 6,000 pliegos.

En un reglamento muy severo se prescriben todas las medidas de tranquilidad y de órden que deben observarse en los talleres.

G. F.



LA REJILLA DE DISTRIBUCION.



TALLERES DEL TIMBRE EN LA PRENSA.

LEYENDAS AMERICANAS

QUIBIAM

REY DE VERAGOA.

(Continuacion.)

Desde que nací, ni tuve odio, ni apuré el amargo placer de la venganza, ni un solo momento probé la alegría. Mi corazón vivió siempre ahogado de amargura. Mis años primeros pasaron sin juventud y sin amores. Niño aun, empuñé el arco cumpliendo la voluntad de Dios, y sostuve con valor la corona de los reyes. Cuando Mayarima (1) bajó al sepulcro, mi madre se enterró á su lado, para acompañarlo en la subterránea noche: cien caciques (2) doblaron en aquel día la cabeza, encerrando la vida en el límite tenebroso de su tumba sembrada de perlas y de oro. Cuarenta veces la luna me vió llorando sobre la piedra donde descansaba el rey poderoso de Veragoa. Mi frente se enturbió desde entonces, y tuve siempre anegada en lágrimas el alma.

Iraiba, de la tribu de los Naitingas, vino por el Yebra una tarde que yo meditaba en Dios: era hija de los reyes del Darien; me trajo una corona de flores de curias. Postrado de abatimiento la tendí mis manos, y desde entonces partí con ella mi hamaca. Fué la madre de mis hijos, la di el corazón melancólico que latía solitario sin hallar un abrigo en el mundo, y divagando como las nubes por el eterno espacio...

A su lado viví taciturno sin sonreír nunca y sin una hora de consuelo... ¡Dios mío, no había hallado en ningún lugar de la tierra un corazón que se abriera á la ternura de mi corazón!... Cuando el huracán estremecía el cielo, subiendo á las cumbres del Veragoa, eran mi delicia el fragor del trueno y la claridad espantosa del rayo: pisoteado por las tormentosas nubes ennegrecidas por el choque de los huracanes, mi espíritu se dilataba y me parecía llegar al cielo con mi voluntad infinita: varias veces creí poder penetrar con los ojos deslumbrados por la azulada luz de las centellas el último término de las cosas, y entonces ¡qué valor tan sobrenatural se apoderaba de mis ideas!... ¡ay! mi espíritu no cabía en el universo... y cuando la tempestad deshecha en torrentes caudalosos se sepultaba en el mar, aquel ruido magnífico entretenía la pena que me devoraba, y luego dormía entre los árboles antiguos como el mundo, donde venía á despertarme el fiero yaguar (3) con sus ojos encendidos, ó me lanzaba á las aguas salobres, llevando la guerra á las islas caribes, y volvía cargado de botín y de gloria, y el ángel de las batallas me amparaba con sus alas y sonreía melancólico... pero nada consolaba la amargura de mi alma... así pasaban los días de mi triste vida...

Cansado ya, una tarde me lancé á cruzar los mares: corrí á lo largo las dilatadísimas costas del Nicaragua; me seguían cien canoas gobernadas por los caciques conquistadores de las islas caribes; camine muchos días sin poder con los vientos; arrastrado por las corrientes llegué á Ornofay. Apenas divisaron las tribus de aquella tierra feliz las plumas coloradas de mi cabeza y mi corona de oro, cuando las sierras se cubrieron de guerreros: el sabio Caimará (4) subió á la empinada roca, desde allí me saludó con gritos de alegría: « Bendita

(1) Mayarima, padre de Quibiam.

(2) Cuando moría el rey, acostumbraban á enterrarse á su lado gran porción de señores de los mas principales de su tierra. A la muerte de Mayarima, se enterraron con él cien caciques. El origen de esta extraña barbaridad, era hija de la gran adoración que las tribus tenían por sus reyes, que creían descendientes del sol y de la luna, á quienes pensaban continuar sirviendo en la otra vida, aun despues de la muerte; así era, que en aquellas costas del Darien, Nicaragua, Veragoa y su continuacion, por espacio de mas de 300 leguas, no solo se enterraban algunos caciques al rededor del muerto con los muebles de su uso y comidas y aparejos de guerra, sino que además se arrojaban otros á los mares, por si acaso el rey en el mundo de la muerte determinaba viajar por las ondas, y en ese caso allí los encontraría para su leal servicio. Este sublime fanatismo tenía tanto de bárbaro como de leal y grande, y deja entrever cuál era la abnegacion de aquellas gentes, que reconocían un Dios, otra vida y una resurreccion en ella mas ó menos estafalaria, pero acompañada de todos los caracteres de las ideas extraordinarias y santas.

(3) Es el tigre americano de la raza de los leopardos y de mayor ligereza y ferocidad.

(4) Caimará: era cacique de Ornofay, tierra que estaba situada á las orillas del mar de Cuba, entre la bahía de Jagua y el cabo de Cruz. En 1494 llegó á ella Cristóbal Colon, y bajo las frondosas ceibas que coronaban las riberas, hizo decir la primera misa que se celebró en la isla. Era este cacique jefe de las tribus Guamuhayas, Hanamanayas y Guaimaroces. Gobernaba con gran prudencia sus dóciles pueblos, siendo ejemplo de generosidad y de justicia. Sus tribus eran hospitalarias, porque él opinaba que nadie debía derramar la sangre de los hombres, ni hacer daño á sus habitantes, y que todos debían ayudar al desgraciado, dándole auxilio al débil y abrigo al que no lo tuviera. Era este indio gran filósofo y hombre admirable por lo discreto y grave. En 1514 fundaron los españoles en sus dominios la ciudad de Trinidad. En 1516 la de Puerto-Príncipe. En 1522 la de Sancti Espiritu, y en la tierra de Guamuhaya vivió el virtuosísimo fray Bartolomé de las Casas por los años de 1514, en lo que era puerto y bahía de Jagua. Caimará era padre de la hermosa Lianatá.

sea, me dijo, poderoso Quibiam, la mano de Dios que te trae á las orillas tranquilas de Ornofay... en los risueños años de mi juventud derramé la sangre de mis venas, y en los combates defendí á tu padre Mayarima del furor de sus enemigos: él me dió á su hija, hermosa como ramito de flores: yo conquisté estas orillas, sembrando de pueblos las llanuras de Cubanacan, y los enseñé á amar á Dios y á bendecir el nombre de Mayarima... Poderoso rey de Veragoa, te ofrezco mi hospitalidad, y cuando se esconda la luna, mis tribus guardarán tu corona al rumor del areito. Lianatá (1) vibrará con sus dedos hermosísimos la marimba de ébano negro, y los armónicos ecos de su canto melodioso endulzarán la tristeza nebulosa de tu corazón.»

Llegué á la orilla, estrechando entre mis brazos al cacique de Ornofay; de sus ojos caían lágrimas de dulcísimo cariño; tenía la cabeza blanca y arrugado el semblante por la mano destructora de los años: el viejo venerable me llevó á su eraca: las doncellas habían sembrado de verdes ramas mi camino, y la hamaca donde debía dormir la cubrieron de olorosas flores: las sombras cayeron del cielo azul trasparente y sereno, que con la sublimidad de las estrellas destilaba la placida ternura que embriagaba el alma de los que aman y sienten la melancolía de los desgraciados. Todo era ambiente delicioso y perfume de suavísimos aromas. Las doncellas trajeron el hibero, rebotando licor de piña y de maquey: frotaron mis cansados miembros con el agua del-hobo: el fresco de sus plumas y el murmullo delicado del areito cerró mis ojos, y dormí en Ornofay el sueño celestial de los bienaventurados.

La mañana desplegó sus plumas de carmin; el dulce ruiseñor trino en la selva: la brisa voluptuosa removía las flexibles ramas de los árboles; los torrentes salpicaban de perlas las flores matutinas cuajadas de brillantísimas gotas de rocío, y la estrella de la aurora se desvanecía ya en el horizonte, cuando sentí vibrar la marimba, y oí la voz delicada de una virgen: era Lianatá, que al pié de las ceibas antiquísimas y corpulentas bendecía el ángel que guió mi canoa por medio de los mares á las playas felices de Ornofay. Me levanté de mi hamaca embriagado de gozo: era la primera armonía que había llegado á endulzar las angustias de mi existencia...

Ligero como el águila, buscando la mano que derramaba por los aires el sonido, llegué á la espesura de los árboles: la virgen estaba sentada sobre las peñas, desnuda como el ángel de la vida; pudorosa como la flor aromática del guayabo; tan ligera como la nubesilla de color encarnado que cruza mórbidamente por el cielo; la brisa jugaba con sus cabellos finos y negros como el ébano; su frente era espaciosa y blanca como el color nacarado de las perlas; su sonrisa como la primavera; su aliento era de aromas; sus labios rojos como el coral del fondo de los mares; sus dientes brillantes como la espuma de las aguas; sus ojos oscuros como las aguas del guaraguao, inundados de melancolía y deslumbradores como dos estrellas prendidas en el velo trasparente de la noche. ¡Dios mío! yo creí tener ante mi vista el ángel divino de la creacion, y de amor se conmovieron mis entrañas.

La virgen concluyó el canto; me quedé delante de ella inmóvil, como la piedra á quien combaten las aguas del mar y el sopro terrible de los huracanes: no supe lo que fué de mí en algunos instantes: su voz era el espíritu de mi espíritu, que había vivido toda mi existencia encerrado en el alma de la virgen de Ornofay: su voz era mi sentimiento: aquella virgen era la idea que Dios había creado para que la pusiera como sello sobre mi corazón y llenara mi memoria para siempre, y fuera mi estrella y la eternidad de todos mis pensamientos.

Lianatá dejó de pulsar su marimba y me tendió sus brazos inocentes. « Rey de Veragoa, me dijo, mi padre te bendice, y yo te doy con él todo el amor cariñoso de mi alma. » Sentí temblar los músculos de mi cuerpo. « Cacica, la respondí poniendo mis manos sobre su cabeza: tú serás la estrella de mi vida; tu voz apacigua mis angustias; la mirada de tus ojos es dulce como la miel de Guahanani; tus sonrisas disipan la negrura de mis pensamientos. ¡Acompáñame, Lianatá, que es muy largo

(1) Lianatá, hija del viejo Caimará y de Cubanaca, cacica de Ariguanabo y Guaniguanico, tenía diez y seis años cuando presencié la primera misa que se dijo en la isla en 1494: era un prodigio de hermosura; mas blanca que la generalidad de los indios. En escritos conservados en la casa de los Ruices Gomez de la isla de Cuba, pobladores primitivos de aquella tierra, he leído con placer una relacion muy delicada de la pureza y veneracion con que esta india inocente colocaba ramos de flores en el altar levantado á la Virgen, donde se dijo por los españoles la primera misa; mientras su padre, con la solemnidad de un pensador profundo, dirigía un discurso lleno de filosofía á Cristóbal Colon, que por fortuna lo transcribieron los historiadores de la época para que llegara á nuestros tiempos. Esta jóven india, apacible y buena, es una de las figuras que con mas delicadeza se destacan del gran cuadro de la conquista. Es doloroso que la noche de los tiempos oscurezca tan completamente las costumbres y escenas de aquellos naturales, que estudiadas hoy, serian la delicia de la civilizacion europea.

para mí el camino de la vida!» Cuando acabé mis palabras se abría una florecita amarilla entre la verde yerba, la arranqué de su humilde rama y la dije enternecido: « Lianatá, guárdala hasta el último momento de tu existencia. » La tímida virgen la tomó conmovida y sonrosada con el pudor divino de la inocencia, la estrechó sobre su corazón, y sin contestarme, ligera como una paloma se perdió en la espesura de las selvas.

II.

Muchos días estuve en Ornofay: el alma taciturna había perdido su anonadamiento: el mundo, desierto para mí, se cubrió de flores; todo respiraba juventud, todo me enternecía; el ansia de bajar al sepulcro desapareció de mis lúgubres pensamientos: estaba impaciente; la vida era corta á mi amorosa y celestial ternura, y las horas corrían con la velocidad de la flecha escapada del arco...

En todas partes buscaba la frente de Lianatá: con sus sonrisas sonreía; con su inocente amor lloraba; la palabra dulce de sus labios resonaba sin cesar en el fondo de mi corazón: la quería tiernísimamente, con la pureza angelical que adoraba á mis hijos, como-quería cuando niño el amor bendito de mi dulce madre. Lianatá, con el espíritu sublime de la inteligencia, comprendía el cariño virginal de mis amores, y con la verdad pura del alma, sus ojos negros y melancólicos como la luz de la luna me decían: « te amo: » sus sonrisas, deliciosas como el suave calor de la mañana, me decían « te amo: » su voz, como el canto armónico del ruiseñor, me decía « te amo. » La virgen temblaba delante de mí; yo me avergonzaba delante de la virgen, y el cielo había unido ya nuestros corazones para una eternidad de siglos y de lágrimas. ¡Pobre Lianatá!... ¡porqué quiso Dios que te vieran mis ojos, virgen hermosísima de Ornofay!

Estaba taciturno Caimará; el guerrero inflexible que hacia estremecer las tribus con su nombre, el butio indagador de los designios del Tzmes, el sabio que curaba todas las enfermedades de la vida había doblado la cabeza y estaba triste... ¿qué pesar tenía el corazón de Caimará?... Una tarde me llevó á las espeluncas de los montes: « Quibiam, me dijo, tú has visto nublarse la alegría de mis ojos, y te angustia la oscuridad de mi semblante; óyeme, rey de Veragoa. — Treinta lunas antes de tu venida llegaron á estas playas por el mar unas grandes canoas: creí que eras tú el que venía en ellas, y subí á la gran roca del Oriente: te llamé bendiciendo tu nombre... Las canoas eran diferentes á las nuestras, pero como tú eres el rey de la tierra, creí las habías conquistado á las tribus de los confines del cielo... De aquellas canoas salieron unos hombres desconocidos, señores del trueno y el rayo: eran mas blancos que las flores del coco; corpulentos como los cedros y duros como rocas: tenían las fisonomías cubiertas de negrísimo pelos... Mis caciques aterrizados huyeron á los montes; yo me oculté en las rocas; levantaron al pié de esas ceibas un altar, y se postraron de rodillas y tendieron las manos al cielo. Comprendí que tenían un Dios, á quien ofrecían sus ruegos en la tierra de nuestros abuelos. — Entonces respiró mi corazón, y llamé á los caciques y me dirigí al capitán de aquellos guerreros.

Tú has venido, le dije, con gran poder á estas tierras que antes tú nunca viste: con tu venida en todas las gentes de ellas has puesto gran temor: hágote saber, que segun io que acá sentimos, hay dos lugares en la otra vida donde van las almas salidas de los cuerpos: uno malo y lleno de tinieblas, guardado por los que turban y hacen mal al linaje de los hombres; otro alegre y bueno, donde se han de estar los que mientras acá vivieron amaron la paz y la quietud de las gentes. Y por tanto, si tú sientes que has de morir y que á cada uno, segun lo que acá hiciere, allá le han de responder con el premio ó el castigo, no hagas mal ni daño á quien contra tí ni mal ni daño no cometiere, y lo que acabas de hacer aquí es bueno, porque es el modo que tienes tú y tus gentes de dar gracias á tu Dios (1).

El capitán de aquellos extranjeros me respondió: « cacique, lo que me dices es verdad; las almas deben vivir despues de esta vida: cuanto has hablado lo dijo el Señor que hizo el cielo y la tierra, á las generaciones del mundo; pero yo te hago saber, que soy enviado de unos reyes grandes, muy poderosos y ricos y señores de los reinos de Castilla, para descubrir estas tierras desconocidas del lugar donde ellos viven: no venimos aquí á hacer mal á las gentes; al contrario, el ángel de la paz viene con nosotros á defender los débiles y á castigar á los caribes que comen á sus semejantes, y á frenarlos, defendiendo y honrando á los buenos. »

(1) Palabras textuales que este indio de Ornofay le dirigió á Colon en 7 de julio de 1494, despues de la celebracion de la primera misa. Así lo escribió el almirante y lo transcriben Las Casas en su historia inédita, cap. XCVI, fol. 369, y todos los historiadores contemporáneos: la traduccion la hizo Diego, el indio de Guanani, que desde el descubrimiento acompañó á Colon en su vuelta á España y á su segundo viaje.

Al oírlo, mi corazón se conmovió de alegría; toqué con mis manos la frente, los ojos, la boca y las barbas de aquellos hombres bajados del cielo: besé sus rodillas, les ofrecí cuanto tenía: les dije el camino para llegar á Haití, y si no hubiera tenido á Lianatá, fuera en su compañía á visitar los reyes poderosos de Castilla, que estaban bajo el cielo de Granada, en palacios coronados por la luna y las estrellas; los guerreros se encerraron por la tarde en sus grandes canoas: salieron al mar, y yo me fuí á consultar la voluntad de Dios en el fondo de las cuevas donde guardaba el Tzmes.

Quibiam, apenas toqué con mis manos la piedra sagrada donde descansaba el Dios de los tiempos, cuando oí una voz de lágrimas que por tres veces me repitió estas tremendas palabras: «Tu tribu perecerá al filo de la espada del extranjero que bendijo á Dios en la tierra de tus padres. Prepárate á morir entre tormentos horribles... Lianatá, la estrella de tu corazón se anegará en las salobres ondas de Ornofay.» Me quedé frío como cuando se muere un hombre: volví á consultar el Tzmes. El silencio del sepulcro respondió á la voz de mi dolor y al llanto de mis gemidos. No pude encender el maquey sagrado; incomprendible frialdad apagaba la coaba resinosa: el frote de mi mano luchó en vano con el frío glacial del destino: el altar del sacrificio no debía encenderse nunca más... Ese día llegaste tú á estas playas infelices, poderoso rey de Veragoa... ¡Comprende ahora la tristeza taciturna de mi corazón y las nubes oscuras que cubren de dolor la frente de tu pobre amigo Caimará!... »

Asombrado me dejaron las solemnes palabras del anciano; pensativo fijé los ojos en el cielo, buscando en él, como en medio de los mares en las noches oscuras, la estrella guiadora que dirigía á la playa mi canoa, cuando luchaba con el naufragio y me arrastraba en sus olas frenéticas la tempestad, sepultándose entre montones de espuma y abriendo á mi lado las anchurosas puertas del abismo; pero el cielo, que me dejaba entrever la estrella de oro que me servía de guía en las tormentas, no quiso darme ni un rayo de luz que alumbrara la tenebrosa duda que envolvió desde aquel momento mi afanosa inteligencia.

«Quibiam, continuó Caimará, la voz del Tzmes es la voz de Dios: yo no debo luchar con mi destino; cúmplase la voluntad del cielo... huye de estas arenas, donde el ángel de la muerte debe venir muy pronto á agitar sus venenosas alas: huye, rey de Veragoa, yo te doy á Lianatá: llévatela á tus ásperas montañas, ocúltala entre las selvas enmarañadas y antiguas como el mundo; que no viva en las márgenes de los ríos, y que no vuelva nunca á las orillas de la mar de Ornofay: prométeme, Quibiam, que guardarás á mi hija al calor de tu corazón; que velarás sus inocentes sueños; que la amarás con tu espíritu bueno y generoso, y yo bajaré contento al sepulcro... La generación de los reyes, que oye desde el cielo las palabras puras de mi labio y la santidad de mi pensamiento, te bendiga... »

Entonces los ojos del anciano se inundaron de lágrimas: sus brazos estrecharon mi cuello: «Lianatá de mi alma,» gritó con lastimosa voz que llegó al cielo y que repitieron las montañas enternecidas: y la virgen vino presurosa como la corza que asustada por los vientos rompe en vívida carrera de los agrestes montes á las dilatadísimas llanuras: «Padre, le dijo cuando estubo delante de mí, he oído tu grito lastimoso que me llamaba. ¿Qué tienes, padre de mi corazón?... » El anciano cogió las manos blanquísimas de la virgen, las puso entre las mías, y me dijo con voz temblorosa: «Quibiam, te doy á Lianatá para que enjague las lágrimas de tus ojos y acompañe tu vida solitaria, y cure con la dulzura de su canto la pesadumbre que te devora... »

La virgen me miró silenciosa y cayeron de sus ojos dos perlas como gotas cristalinas de rocío; sus labios cubrieron de besos la frente del cacique de Ornofay, y conducidos de sus trémulas manos, llegamos á las orillas del mar...

III.

Mis canoas flotaban ya sobre las aguas: en cada una cincuenta caciques abrían con sus nahe (1) las espaldas transparentes de los mares; en la maría (2) que iba á llevar á Lianatá, bogaban cien flecheros, gobernando la proa Cayaguayo (3) el invencible; cuyos ojos divisaban en la oscuridad las aberturas de la ribera; estaba su canoa cubierta de pieles de venados salvajes del Da-

(1) Llamaban así á los remos.

(2) Madera muy corpulenta de que hacían sus canoas de una pieza, y en las cuales cabían hasta cien hombres.

(3) Cayaguayo: era el jefe de los comerciantes del rey Quibiam: fué aquel indio que con su grandísima canoa halló Colon en la isla de Pinos en 1494 cargado de pieles y haciendo el cambio marítimo de algodones y otros artículos con los pueblos de Juanahacabibes, situados en lo que ocupa la tierra que forma el cabo de San Antonio al extremo de la isla, frente al cabo Catoche, descubierto por el capitán Francisco Fernandez de Córdoba en febrero de 1517.

rien y Nicaragua, y en medio, como nido de plumas de aves, un lecho blando para que Lianatá entregara su cuerpo y sus ojos al descanso. Cuando entró la virgen en ella, Caimará nos bendijo desde la alta roca del Oriente, y como flechas disparadas del arco salimos de la orilla de Ornofay.

Los vientos ayudaron nuestro camino. La luna besó muchas noches con su rayo melancólico la frente de Lianatá, que no dormía mirando su color azul... yo desde la popa, consultando las estrellas, guiaba mis marineros por las poderosas corrientes: el cielo me amparó en aquel viaje, el más feliz de mi vida: la virgen endulzó mis fatigas y la meditación solitaria de mi espíritu; ella sabía el giro de los astros: su hermosísima cabeza se conmovía abrasada por la inspiración de los dioses, y sus dedos divinos hacían vibrar las cuerdas de oro que apaciguaban la furia de los vientos: por la noche derramaba en los mares la armonía que llegaba hasta el cielo, y las estrellas se entristecían con su canto, y yo la miraba como el ángel que Dios había mandado á calmar las tempestades de mi vida. Por fin, costando las riberas y las islas del mar, y de muchas luchas con las corrientes y los huracanes, llegamos á la embocadura lindísima del Yebra.

IV.

Después de haber corrido largos días por la soledad de las aguas y de haber luchado con la furia de los volubles vientos, y de sufrir con temerosa paciencia las inexplicables calmas en que aparece dormido el cielo, quedando inmóviles las nubes y las aguas como si las sujetara la mano de la muerte, así como hiela en el cuerpo de los hombres la circulación de la sangre, ¡qué hermoso es divisar los límites de la patria y ver el sol cubierto de rayos y salir del horizonte derramando raudales de luz vivificadora, y entre la neblina asomar las verdes copas de las altísimas palmas y las cumbreras cubiertas de flores, y luego divisar á lo lejos el bohío del cazador ligero, las eracras esparcidas por las eminencias y las playas donde recuesta el mar su onda serena, en suave alfombra de granitos de oro, y oír al pescador que se acerca cantando enternecido, y al náutico que boga hácia el Oriente, y á todos escuchar con alegría la lengua que aprendimos desde niños! ¡qué tierno es este momento de la vida!...

Meditando en él, llegué á las entradas del Yebra. «¡Salud, Quibiam,» me gritaban los innumerables guerreros de las tribus del Darien, del Veragoa y del Nicaragua que me aguardaban á la orilla; «bien te traiga á tus reinos el ángel de la vida;» me decían llenando el aire de areitos y de flechas tejidas de flores. «Caciques, les respondí, dichoso el rey á quien aman sus pueblos, sin desear que acueste su cabeza en la piedra funeraria del sepulcro.» «¡Salud, Quibiam, repitieron: tu venida enjuga nuestras lágrimas y consuela la orfandad en que vivíamos creyéndote perdido en las ondas.» Mis canoas se acercaron á la playa: allí estaba Iraiba con sus dos hijos de la sangre de los caciques; la estreché entre mis brazos y bendije sus cabezas. Ella clavó los ojos en Lianatá; comprendí su pensamiento celoso, profundo y devorador como la muerte. «Es el espíritu de mi espíritu, le dije, y la estrella que ilumina la noche melancólica de mi vida. Abre tus brazos y tu corazón, y ámala como yo amo á tus hijos...» Iraiba había oído las palabras del rey de Veragoa; si hubiera visto nublada su fisonomía por la perfidia ó la desconfianza, la hubiera encerrado en los estrechos límites de la tumba.

Subí á mi palanquin cubierto de verdes hojas de palmera, de flores de los montes y de láminas de oro: venían á mi lado Iraiba y Lianatá; y á mis piés, como dos palomas en su nido, mis dos hijos inocentes... Entre círculos interminables de vírgenes hermosas como las estrellas, acompañado del melodioso armonizar del areito, llegué á las cumbres del Veragoa. Allí me aguardaban los butios, los sabios y mis capitanes de guerra. Los bendije, y luego cerré las puertas de mi palacio y abrí las del corazón á los recuerdos...

Mucho tiempo pasó sin que se turbara el sosiego de mi alma: el sol alumbraba mis montañas: mis pueblos eran felices: mis canoas iban y venían por los mares del Sud y del Norte, sin que nadie cortara su camino. Mis hijos crecían fuertes como el ácana. Iraiba amaba á Lianatá, y la virgen de Ornofay era la luz de mis ojos y el consuelo de mi vida: por todas partes la veía; á todas horas la acompañaba; su sonrisa era á mi corazón como la primavera para los árboles; sus lágrimas enlutaban mi espíritu y cubrían de angustia y de oscuridad mi frente. ¿Quién es, decían los sabios, esta que marcha á levantarse como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol y terrible como una legión ordenada de caribes?... era un suspiro delicioso de mis suspiros y la virgen dulcísima de mis amores.

Cuando dormía, mi corazón velaba; la tuve como sello sobre mi espíritu, como beso sobre mis labios; la sostenía con flores, porque de amor desfallecía. Las

cebras negrísimas de sus cabellos oían á aromas de alto de las cumbres; y su aliento á lirios bañados por las cristalinas corrientes del Urira: ¡qué hermosa eras, Lianatá, qué pura y qué inocente te había formado el cielo para enjugar mis angustiadas lágrimas!...

Tú me acompañabas á subir las cuestas de los montes; á tu lado dormía á la sombra apacible de los hobos salutaris; tu cabeza descansaba sobre mi corazón, y al aliento de tus labios se estremecían mis entrañas, y yo te amaba con el amor de los ángeles, y tú eras como el rocío y como la flor de la guayaba, y como la hojita fresca del tamarindo cuando se abre al lucir purpúreo y tornasolado de la mañana sonriente. ¡Lianatá de mi corazón, cómo te amaba!...

Pero como había de cumplirse la voluntad de Dios, la virgen sintió el dardo punzador de la tristeza que se clavaba en las alas de su espíritu. — ¿Qué tiene la virgen, decían los guerreros viendo que sus mejillas palidecían y que sus ojos se nublaban de melancolía?... ¿porqué su canto entristece nuestras almas? ¿quién angustia la flor piadosa de Ornofay?... Yo sentí su prostración, y doblé la cabeza... cuarenta veces había la primavera coronado los árboles, y mis caciques cuarenta veces cantaron el areito de mi subida á la piedra de los reyes. ¿Era que la edad y el dolor arrugaban mi semblante pintando en mi frente las angustias de mi alma para llenar de fealdad y desabrimiento las sonrisas forzadas de mis labios?... ¡ay! los años, los años!... ¡Unir la muerte á la vida, la juventud con la vejez, el corazón enlutado del pobre Quibiam, con la primavera del alma pura y brillante de la virgen de Ornofay! ¡Unir el dolor que devora y acerca á la tumba, con la alegría que llena de ilusiones y hace durar la vida?... ¡Dios mío! ¡Dios mío! con estas ideas lúgubres apretaba mis entrañas la duda y el abatido desconsuelo!...

Lianatá comprendió mi tristeza. «Quibiam, me dijo un día: tú vives entre lágrimas devorado de pesadumbre; escúchame, rey de Veragoa, á quien yo idolatro con todo mi espíritu... Eres bueno, y tu alma será joven hasta encerrarse en el sepulcro, porque en ella fermenta el genio de los inmortales: ¿qué importa la hermosura á las hojas de una flor á quien marchita, rápido como una flecha y para siempre, el primero de los rayos del sol? ¿Qué es la juventud del cuerpo, sino el eco armonioso que apenas desprendido de las cuerdas, se pierde entre los aires?... Quibiam, lo más lindo no dura más que un momento; pero no te desconsuelas, porque tu alma buena y grande, durará con mi memoria al través de los siglos. El amor ama al espíritu; no la osamenta y putrefacción de la materia que se disipa convertida en humo, quedando de ella solamente los recuerdos ligados como antes de la destrucción en las alas del espíritu.»

La virgen me enterneció y conmovió la estreché en mis brazos... ¡Pobre Lianatá! «Escúchame, siguió diciéndome, siento el dolor de la tristeza: no te he hablado hace mucho tiempo del cacique de Ornofay; su memoria me acompaña de noche y de día; él dió vida á mi vida, calor á mi existencia, me crió huérfana; niña, me enseñó el giro de los astros, á curar las enfermedades, me dió valor, y por fin, me entregó á tu destino para hacerte feliz. Es muy anciano; pronto dejará de vivir... quisiera besar su frente y recibir la bendición de sus manos, antes que el ángel apague para siempre la luz de sus ojos... »

«Lianatá, le respondí meditabundo y recordando las palabras de su padre Caimará, ¡no conoces tu destino! aquí lo tengo encerrado entre las angustias del alma... huye del mar, paloma de mi vida: en él se crían las tempestades y están los abismos; á él bajan las nubes á beber el agua para el rocío, viven en sus entrañas los monstruos, y por sus espumas vagan los caribes y los extranjeros venidos del cielo... ¡Huye del mar, paloma de mi vida!... » La virgen dejó caer la cabeza sobre el pecho, y ¡ojalá nunca me hubieran enternecido sus lágrimas!...

«¡Uhimá! (1) grité, que preparen todas las canoas del rey de Veragoa:» y las playas del Darien se cubrieron de canoas. Había tantas como estrellas en el cielo. «Lianatá, le dije entonces, enjuga esos divinos ojos que

(1) Uhimá: el más valiente de los guerreros del mar; era cacique de Guaniguanico, cuyas orillas daban frente al canal nuevo de Bahamá, descubierto por el piloto Antonio Alaminos en 1519. Su señorío llegaba hasta el puerto de Jaruco: era dueño de Mayanabo y Guanabacoa, y llegaba su dominio hasta Vaynoa ó Iecay, donde hoy está situado el puerto de Matanzas. Este guerrero, en uno de los viajes de Quibiam, admirado de su valor, se unió en estrecha amistad con el rey de Veragoa y abandonó el dominio de sus tribus á su hermano Ariguanabo, para seguirlo y ser el jefe de los innumerables guerreros de mar que aquel rey capitaneaba. Su esfuerzo y prudencia lo hicieron objeto del amor de su patria adoptiva; tenía cincuenta años, su estatura era colosal, la cabeza grande, la frente ancha y despejada, los ojos negros como el ébano, y desde la juventud tuvo blancos los cabellos como si fuera anciano: no ha habido nunca ni quien mayores pesos sostuviera, ni quien nadara con más grande velocidad.

me matan, y corre á ver al cacique de Ornofay, y que el ángel te acompañe entre las ondas azules.» La virgen comprendió mi amargura, y se colgó enternecida de mi cuello. « Quibiam, me dijo, yo volveré de Ornofay presurosa como la tórtola que tiene que alimentar sus polluelos: Dios protegerá mi vuelo, aquietará los mares y encerrará entre los abismos las tempestuosas nubes del huracán... » « Lianatá, le dije, mi corazón prueba el amargo presentimiento de la desgracia; vas á salir de Veragoa, Dios quiera que la flecha de la muerte no te atraviese las entrañas en tu rápido camino.» La virgen salió á los mares cuando el sol se escondía en el horizonte... En las sombras de la eternidad se perdió para siempre la estrella consoladora de mi vida...

V.

El que ha nacido para los dolores y las amarguras de la desgracia y entra por las puertas de la vida, abandonado del ángel, errante crece: en el olvido llora y solitario muere. Dios hace la señal de lágrimas con su mano omnipotente en el ser inexplicable del alma;

esta marca imperecedera é invisible dura con la vida y con la muerte, con la eternidad del hombre, deshecho en polvo vano y en efluvios de tetidez corrompida, hasta que llega corriendo el círculo inmenso de la reproducción al último término de los espíritus y de las cosas que es el infinito de Dios, donde se agrupa la vida imperecedera y extraordinaria de todas las generaciones.

Para los reyes, los caciques y los guerreros; para los astutos sabios, los ignorantes felices y los niños inocentes; para todos cayó sobre la tierra su maldición divina: al que la trae con la osamenta al mundo de la vida, con la osamenta la lleva al mundo de la muerte, sin alivio y sin tener un instante de tregua en su largo y escabroso camino, ni de los hombres ni del cielo... Maldito, abandonado del ángel, señalado por la mano de Dios, inútilmente luchaba mi corazón con el destino: el alma tenía la espantosa marca; estaba condenado á vivir entre lágrimas, y cada hora era para mí un nuevo mundo de tormentos...

(Se continuará.)

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

El Musco de Venecia.

Cuando se llega por primera vez á Venecia, el viajero se queda maravillado á cada paso. Apenas ha salido del camino de hierro, tropieza con las singularidades de esa ciudad fantástica. Si se busca un omnibus para ir á la fonda, este omnibus es una barca; la calle Mayor que se recorre es el Gran Canal; las calles y callejuelas que se distinguen por ambos lados y que penetran hasta el corazón de la ciudad, son también canales donde se bañan las casas, ó mejor dicho los palacios. Ya en ese corto trayecto parece que todo el pasado heroico, misterioso y galante de Venecia va desfilando sucesivamente con esos palacios hoy sombríos y melancólicos, porque parecen reflejar en sus fachadas y en la variedad de sus estilos gótico, sarraceno, renacimiento y Pompadour, los hábitos lujosos de la orgullosa aristocracia que los habitaba en otro tiempo.

Sin embargo, la inquietud ordinaria que nos hace siempre marchar adelante, no nos permite ver todas esas cosas mas que de un modo confuso. Se desea lle-



EL MUSEO DE VENECIA.

gar á la plaza de San Marcos, tan famosa en el mundo y que se confunde todavía con la Piazzetta; y sobre todo se desea admirar el palacio ducal, objeto de una curiosidad que nunca se agota.

Esto sucede en una primera visita; sin embargo, en la segunda y en la tercera, aunque familiarizado ya el viajero con las maravillas de la ciudad de los mil canales, hay á la entrada del Gran Canal una pequeña playa de desembarco, adonde se llega siempre con emoción por poca afición que se tenga á la pintura; es la que se encuentra delante de la Academia de bellas artes, pues en ese museo brilla en todo su esplendor la escuela veneciana.

En ese mismo sitio existió antiguamente un convento de canónigos regulares agregados á la iglesia vecina Santa Maria della Salute. El convento se incendió; fué reedificado á mediados del siglo XVI por el célebre Palladio, y un siglo despues fué de nuevo presa de las llamas. En 1807 se estableció el Musco en las construcciones que habian quedado intactas; y posteriormente se hicieron varias mejoras en el edificio para apropiarle al objeto á que se destinaba.

El primer salon del Museo se llama de la Asuncion, porque ocupa su fondo la famosa *Asuncion del Ticiano* que consideran en Italia como la obra maestra del gran colorista. Hizo esta magnífica obra para la iglesia de los Frari. Los religiosos cuidaron muy poco esta pintura, que se ennegreció en la iglesia donde la habian colgado. El conde Cicognara descubrió un dia el cuadro del Ticiano en un rincón de la iglesia de los Frari, y propuso á estos el cambio de ese lienzo negro cuya pintura apenas se descubria, por un cuadro nuevecito; el trato fué ajustado, y la Asuncion del Ticiano que salió radiante del velo que la cubria, es hoy la gloria de la Academia de bellas artes. El Ticiano, segun el P. Della Valle, ejecutó esta obra en 1516, es decir, cuando tenia treinta y nueve años.

Al otro extremo de la sala y enfrente de la Asuncion, está la obra maestra del Tintoretto; el *Martirio de San Marcos*, pintura de un vigor de colorido, de un atrevimiento y una audacia de pincel, que hacen de ella una obra aparte en la espléndida escuela veneciana. El Tintoretto tenía treinta y seis años cuando ejecutó esta obra; de modo que se hallaba en toda la plenitud de la

fuerza de la edad, así como su maestro el Ticiano cuando pintó la Asuncion.

En esta galería se ven otros cuadros notables, como la Madona y los seis Santos de Juan Bellin, el maestro del Ticiano; una Santa Cristina del Veronés, una Adoracion de los magos de Bonifazio, etc. Este salon deja mucho que desear en cuanto á la distribucion de la luz que llega por las ventanas de lado. El techo se halla dividido en cinco compartimientos dorados, obra del siglo XV que se atribuye á *Cherubino Ottali*. Se cuenta que no habiendo podido obtener el dejar allí inscrito su nombre, trató de recordarle indirectamente, haciendo esculpir en los compartimientos cabezas de querubines con ocho alas. En el friso se colocaron en 1849 algunos retratos de pintores venecianos ejecutados por los pintores de la Academia.

La vista del salon de la Asuncion que publicamos, está copiada de una aguada del conde Giovanni Roberti. Este jóven artista veneciano ha querido estampar con toda exactitud el aspecto bien conocido de ese salon célebre, prescindiendo de los efectos brillantes.

J. D. P.